

EL COLONIALISMO ESPAÑOL EN ÁFRICA. LOS EXTREMEÑOS PRISIONEROS DE ABD EL-KRIM.

Jacinto J. Marabel Matos

Doctor en Derecho

RESUMEN

Marruecos fue la última aventura colonialista emprendida por España. Perdido el Imperio de Ultramar, los distintos gobiernos de la Restauración pusieron sus ojos en el norte de África tratando de equipararse a los países que se habían repartido el Continente a finales de Siglo XIX. Sin embargo, España no era una potencia de primer orden. La intervención militar en el Protectorado agravó la crisis social y política en la que se encontraba inmerso el país desde principios de siglo, por lo que los cientos de muertos que fueron llegando la Península acabaron minando el escaso crédito político que restaba al Gobierno. El «Desastre de Annual», que dejó cientos de prisioneros en manos del caudillo rifeño Abd el-Krim, precipitó los acontecimientos. Diezmados por la enfermedad y el hambre, aquellos hombres, muchos de ellos extremeños, fueron recibidos como auténticos héroes en las localidades de origen. El relato de sus vivencias coadyuvó a la caída del Régimen y al advenimiento de la Dictadura del general Miguel Primo de Rivera.

Palabras clave: Colonialismo; Marruecos; Restauración; Annual; Prisioneros.

ABSTRACT

Morocco was the last colonialist adventure undertaken by Spain. With the loss of the Overseas Empire, the various governments of the Restoration set their sights on North Africa in an attempt to match the countries that had divided up the continent at the end of the 19th century. However, Spain was not a major power. Military intervention in the Protectorate aggravated the social and political crisis in which the country had been immersed since the beginning of the century, and the hundreds of deaths that poured into the Peninsula undermined the Government's political credi-

bility. The «Annual Disaster», which left hundreds of prisoners in the hands of the Rifian warlord Adb el-Krim, precipitated events. Decimated by disease and hunger, those men, many of them from Extremadura, were received as true heroes in their hometowns. The story of their experiences contributed to the fall of the regime and the advent of the Dictatorship of General Miguel Primo de Rivera.

key words: Colonialist; Morocco; Restoration; Dictatorship; Prisoners.

I. LA CUESTIÓN MARROQUÍ

Desde hace un siglo, buena parte de la acción exterior de España ha estado condicionada por sus relaciones con el Reino de Marruecos. Tal es así que el reciente y controvertido acuerdo sobre el Sahara Occidental, territorio limítrofe con Argelia, Mauritania y Marruecos, colonizado en 1884, integrado en la organización provincial en 1934 y anexionado por este último en 1975, que fue adoptado por el Ejecutivo sin el beneplácito del resto de grupos parlamentarios, generó una de las mayores crisis de confianza de la legislatura entre los socios que forman la actual coalición de Gobierno¹.

La referencia no es baladí, puesto que en última instancia el compromiso gubernamental trataba de resolver un problema enquistado en las relaciones diplomáticas de nuestra historia reciente. Se trataba de cerrar un ciclo de cuarenta años de enfrentamientos entre embajadas, con tintes de epílogo de la espinosa «cuestión marroquí» iniciada con el Convenio Hispano-Francés, firmado el 14 de noviembre de 1912, en el que se reconocía una zona de influencia española en el norte de Marruecos, con una extensión similar a la provincia de Badajoz, en aras a garantizar la introducción de reformas de índole administrativa, que comprendía tanto la gestión y asistencia económica, como la cooperación financiera, judicial e incluso militar con el gobierno del Sultán Muley Yussef ben Hassan, bisabuelo del actual regente alauí.

(1) El 7 de abril de 2022, el Presidente del Gobierno fue invitado por el Rey Mohamed VI a un «iftar» en su honor, tradición musulmana en la que se rompe el ayuno diario del Ramadán inmediatamente después de la puesta del sol. En aquella reunión ambos mandatarios acordaron una declaración conjunta sobre el desarrollo de dieciséis puntos concertados, entre los que España aceptaba la propuesta de autonomía marroquí sobre el Sáhara Occidental, realizada en 2007, dentro del marco legal establecido por la ONU. <https://www.lamoncloa.gob.es/presidente/actividades/Documents/2022/070422-declaracion-conjunta-Espana-Marruecos.pdf> [Consultado el 8 de abril de 2022].

El llamado Protectorado Español, en realidad una subcontrata de la licitación original acordada entre Francia y Marruecos, encubría un regalo envenenado para el régimen de la Restauración, un sistema ya por entonces demasiado rígido y a todas luces obsoleto, incapaz de adaptarse a la política de alianzas desarrollada por las potencias europeas y de sobreponerse a los sucesivos conflictos sociales que marcaron el devenir de las dos primeras décadas del siglo XX, en nuestro país. Porque «la aventura de Marruecos», en la afortunada expresión de Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones:

«Se emprendió más que por móviles internacionales o por una omisión de España, como desquite del desastre de 1898. A la pérdida del imperio colonial ultramarino tenía que sustituir y compensar un nuevo Imperio. [Por lo que] puede afirmarse que la más fundamental equivocación de España en su obra de Marruecos, es haber convertido esta en una continuación de Cuba y Filipinas. Todas las torpezas allí cometidas y que apresuraron la pérdida de nuestra denominación en aquellos territorios, todas, desde el primer día de nuestra penetración en Marruecos, se están repitiendo»².

Romanones, que inauguró la Presidencia el Consejo de Ministros con la firma del citado Acuerdo Hispano-Francés y ejerció la dirección de los asuntos de Estado hasta en tres ocasiones durante este período, sabía de lo que hablaba. Hasta entonces, el norte de África era poco más que «un mundo imaginado, construido sobre elementos míticos y legendarios, que tenían su asiento en los más profundo del subconsciente hispano. Así percibido, el territorio marroquí venía a ser la sombra imprescindible para nuestra luz, en una combinación reactiva desde la que afirmar nuestra identidad»³.

La identidad nacional demandaba la intervención en Marruecos como continuación de la política colonialista de ultramar, apenas interrumpida con las pérdidas obligadas por el Tratado de París, de 10 de diciembre de 1898, que tanto sufrimiento y coste económico había generado. Pero aquella lección no sirvió de nada y veinte años más tarde, sin líneas bien definidas de actuación, sin proyecto político o financiero solvente para implementar en la región, los sucesivos gobiernos del turno abordaron «la cuestión marroquí» de manera

(2) *El Liberal*, de 6 de mayo de 1922.

(3) DE DIEGO GARCÍA, Emilio. «La España de 1919-1923 y su Protectorado en Marruecos». *Revista de Historia Militar*, N^o Extraordinario. Ministerio de Defensa. Madrid, 2021; pág. 23.

improvisada, bajo el único, exclusivo y reduccionista prisma de la ocupación militar.

Pero con un Ejército sobredimensionado en los puestos dirigentes, con una oficialidad decadente y una intervención impopular entre las propias clases militares, que coadyuvaban a incrementar las Juntas de Defensa, contrarias a la profusión de ascensos, condecoraciones y prebendas que beneficiaban a los africanistas, la ejecución de la más mínima campaña sobre el terreno entrañaba considerables riesgos, muy difíciles de evaluar e imposibles de predecir. En la segunda década del siglo XX, la «cuestión marroquí» se había convertido en un problema enquistado, con muy difícil solución, en la gobernabilidad de España, una de cuyas claves estribaba, precisamente, en que «las operaciones militares implicaban un elevado coste humano y económico; sembraban rencores, y dejaban tras de sí territorios sometidos en apariencia, pero no dominados, como se vería en el triste verano de 1921»⁴.

El colonialismo español en África estaba abocado al fracaso. Por entonces, un dicho popular entre los rifeños decía que «los ingleses pegan y pagan, los franceses pegan pero no pagan y los españoles ni pegan ni pagan»⁵. En cierto modo era así, ya que nuestro país únicamente podía representar un papel de mero espectador en el juego de influencias entre Francia, Alemania y Gran Bretaña, viéndose obligado a cumplir los compromisos asumidos en el Convenio firmado con la primera, prodigándose en toda clase de recursos personales y materiales para tratar de resolver aquel conflicto que escapaba a la doctrina tradicional, en la que una potencia buscaba imponerse a otra sobre la base de ocupar parcelas del terreno en discordia, porque esta no era una guerra colonial al uso, disputada entre naciones, ni seguía una lógica academicista. En este conflicto «no aparecía comprometida la integridad de la Nación, ni el honor patrio; aunque ambas cosas, en realidad, sí estaban en juego»⁶.

(4) ALBI DE LA CUESTA, Julio. «Un Protectorado a regañadientes. 1921: El Desastre de Annual», en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel (Ed.) *A cien años de Annual*. Desperta Ferro. Madrid, 2021; pág. 52.

(5) FELIÚ BERNÁNDEZ, Luis. «La Guerra del Rif (1921-1926) durante el Protectorado Español de Marruecos». Comisión Española de Historia Militar. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Madrid, 2021; https://www.ieee.es/publicaciones-new/CEHISMI/2021/DCEHISMI2021_INV01_Feliu_GuerraRIFProtectoradoEspanol.html [Consultado el 30 de marzo de 2022].

(6) DE DIEGO GARCÍA, E. *La España...*, ob.cit; págs. 71 y 72.

Particularmente estaba en juego el régimen de la Restauración Borbónica, basado en un turno que había asegurado el precario equilibrio del sistema de poderes decimonónico durante cuarenta años y que, fundamentalmente a partir de 1909, iría dilapidando su legitimidad en las sangrientas jornadas del Barranco del Lobo y el zoco de Beni Bu Ifrur, entre otras lamentables acciones, que dejaron por el camino cientos de muertos y que concluyeron en el injustificado e inexplicable Desastre de Annual de 1921, con más de cinco mil bajas entre los soldados españoles. En el epílogo que siguió la retirada hasta Monte Arruit y la posterior capitulación del general Navarro, muchos de aquellos soldados fueron hechos prisioneros por las harcas rebeldes lideradas por Abd el-Krim. Durante dieciocho meses, 522 hombres, entre jefes, oficiales y tropa, fueron confinados en barracones en Ait Kamara y Axdir, capital de la improvisada República del Rif, donde sufrieron toda clase de torturas, hambrunas y enfermedades.

Los diarios del comandante Pérez Ortiz y el sargento Basallo dan fe de las atrocidades que diezmaron a los cautivos, durante el tiempo que medió la negociación para su rescate⁷. Porque finalmente, cuando el Gobierno logró repatriarlos después de pagar una cuantiosa suma, el número de supervivientes había sido reducido de forma dramática: 271 soldados y 43 civiles, incluidos 10 mujeres y 10 niños, que fueron embarcados hasta Melilla antes de regresar a la Península. Muchos de ellos eran extremeños, que casi de inmediato, entre febrero y marzo de 1923, cuando obtuvieron licencia para volver con sus familias, fueron recibidos en las localidades de origen como auténticos héroes.

Aquellos excombatientes, en sus mayor su parte integrantes del Regimiento de Infantería de Melilla nº 59, o del afamado Regimiento de Cazadores de Alcántara, así como de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros, junto a un cabo de la Policía Indígena, eran: Luis Pichoto Sánchez e Isidoro Martín Mateo, de Badajoz; Carmelo Balsera González y Leopoldo Castro Núñez, de Santa Marta; Vicente Sánchez Marcos, de Valdeobispo; Ricardo Sotomayor Archidona, de Fregenal de la Sierra; Cándido Navarro García, de Higuera la Real; Eugenio Rodríguez Manzano, de Villar del Rey; Miguel Tena Casillas y Dimas Salas Rivera, de Villanueva de la Serena; Jerónimo García Acedo, de Almendralejo;

(7) PÉREZ ORTIZ, Eduardo. *De Annual a Monte Arruit y 18 meses de cautiverio*. Postal Express. Melilla, 1923; BASALLO BECERRA, Francisco. *Memorias del cautiverio (julio 1921 a enero de 1923)*. Mundo Latino. Madrid, 1924.

Blas Posada, de Mérida; Antonio Díaz, de Bienvenida; Francisco Sánchez Oliva, de Jerez de los Caballeros; y Manuel Moreno Vela, de Guareña.

Los siguientes párrafos, que recogen el contexto social y político en el que se desarrolló el conflicto de Marruecos, última intervención colonial de España, están dedicados a ellos. Porque los prolegómenos del Desastre de Annual y las experiencias de los extremeños sobrevivientes al cautiverio en Ait Kamar, en los dieciocho meses de aflicción y padecimiento que instigaron a la opinión pública sin duda contribuyeron a la caída del régimen constitucional y al advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera, y representan un relevante episodio de nuestra historia que merece ser contado.

II. EL COLONIALISMO ESPAÑOL EN ÁFRICA

II.1. De la guerra de África al final del imperio (1859-1898).

El Tratado de Paz entre España y los Estados Unidos de América, firmado en París el 10 de diciembre de 1898, puso fin a un siglo plagado de guerras civiles y conflictos armados, gran parte de ellos solapados, que asolaron el territorio nacional y minaron el crédito internacional de nuestro país. La Guerra de la Independencia (1808-1813), de la Emancipación Americana (1809-1824), Carlistas (1833-1840; 1846-1849; 1872-1876), África (1859-1860), Conchinchina (1858-1862), Santo Domingo (1863-1865), Cuba (1868-1878), con revueltas y pronunciamientos, e incluso ensayos de cambio de dinastía, como el sucinto reinado de Amadeo de Saboya (1871-1873), o de régimen político, como el aún más breve período de la Primera República (1873-1874), originaron una profunda inestabilidad social y un clima de enfrentamiento constante entre los españoles.

En este contexto surge la Restauración. El 29 de diciembre de 1874, el general Arsenio Martínez Campos sublevó la guarnición de Sagunto contra el gobierno legítimo y el capitán general de Madrid, Fernando Primo de Rivera, se adhirió al levantamiento a la mañana siguiente, constituyendo un gobierno provisional, que el 31 de diciembre puso fin al régimen republicano. Antonio Cánovas del Castillo fue nombrado Presidente del Consejo de Ministros y asumió la regencia hasta el regreso de Alfonso XII.

El Rey entró en Madrid el 14 de enero, dando inicio al período histórico conocido a partir de entonces como la Restauración Borbónica, sesenta años

en los que las élites políticas e intelectuales pretendieron dotar de estabilidad política interna a la nación, dotándola de una Constitución (1876) de corte liberal en la que se consagraba un sistema electoral basado en la alternancia bipartidista, popularmente conocido como *turnismo*. Tras el prematuro fallecimiento del Rey por tuberculosis, este régimen continuó funcionando con altibajos durante la Regencia de María Cristina (1885-1902), aunque se mostró definitivamente inoperante durante la etapa de la Monarquía Constitucional de Alfonso XIII (1902-1923), en gran medida porque este no se limitó a ejercer de árbitro moderador de las corrientes ideológicas, sino que ejerció como un agente más de las intrigas políticas que desembocaron en la Dictadura del general Miguel Primo de Rivera.

Este último período estuvo marcado por la composición de sucesivos Ejecutivos que trataron de compensar los desequilibrios políticos y satisfacer las distintas corrientes ideológicas, dificultando el agotamiento de las legislaturas, la consecución de proyectos sólidos y la resolución de los acuciantes problemas que demandaba una sociedad cada vez más distanciada de las élites que la gobernaban. La «cuestión marroquí», que se había mantenido latente, aunque como un problema menor hasta entonces, irrumpió con fuerza en el escenario político, mediatizando a la opinión pública y centrado el interés de esta, como nunca antes lo había hecho, en la serie de acontecimientos que rodearon la última administración colonial de España, justo cuando el país se jugaba el escaso crédito internacional que aún le restaba.

Los españoles, hasta entonces, se habían mostrado indiferentes a los asuntos marroquíes. Las relaciones con el territorio vecino se remontaban a las expediciones militares que prolongaron la Guerra de Granada al otro lado del Estrecho en el siglo XV, con la incorporación de Melilla (1497) y una serie de posiciones en el litoral norteafricano, fundamentalmente de índole defensiva, que incluían Cazaza, Malzalquivir, el Peñón de Vélez de la Gomera, Orán, Bujía, Trípoli y La Goleta, completadas más tarde con Alhucemas (1673) y Orán (1732), que después de un largo proceso de pérdidas y reconquistas, quedaron reducidas, ya en el siglo XIX, a los enclaves comerciales de Ceuta y Melilla, además de los Peñones de Vélez de la Gomera y Alhucemas, como presidios menores. El interés por estos dominios era escaso, por lo que en esta época muchos pensaban, como Pascual Madoz, que:

«La ocupación en África no nos reporta ventaja alguna y es por el contrario onerosa para nuestro erario y aún poco gloriosa para nuestras armas.

Encerradas en sus pequeños islotes o peñascos, las guarniciones de Vélez de la Gomera y Alhucemas, y en su corto recinto la de Melilla; sitiadas y molestadas continuamente por los bárbaros y miserables habitantes de las tribus y pueblecillos inmediatos, ven perecer a menudo algunos de sus soldados, sin utilidad alguna para el prestigio de nuestro nombre, sin servir para proteger o fomentar el comercio, ni para ganarse las simpatías de los naturales que por el contrario se alejan más de día en día. Más que como dominadores o conquistadores, aparecemos allí como sujetos y encarcelados por los enemigos»⁸.

Sin embargo, en 1830 Francia decidió ocupar Argelia aprovechando el desmembramiento del Imperio Otomano. El 5 de julio de 1830 tomó Argel y el 4 de enero de 1831 Orán, y pasó a dominar la franja del litoral, que hizo efectiva en 1834 anexionándose por completo el territorio. A partir de 1840 inició una agresiva política expansionista hacia el interior y el oeste del país, que España interpretó como una amenaza respecto de los territorios sobre los que tradicionalmente mantenía intereses comerciales.

Las élites económicas comenzaron a generar un clima prebélico que justificara la intervención armada, pero en el contexto de la Década Moderada las presiones quedaron atenuadas frente a la inestabilidad política y las sucesivas escisiones de las corrientes conservadoras que ejercían la acción de gobierno, por lo que tan sólo se trató de dar respuesta a una serie de provocaciones de las cabilas próximas a los presidios mayores. En efecto, aunque las autoridades españolas lograron sofocar en 1843 algunos enfrentamientos menores en las inmediaciones de Ceuta, al año siguiente las tropas indígenas concentraron el grueso de sus ataques en torno a Melilla, fomentando una corriente de opinión a favor de una enérgica intervención militar para pacificar la zona. El 20 de marzo de 1844, *El Heraldo* se hacía eco de estas doctrinas colonialistas, que:

«Producirían ventajas a una nación poderosa y emprendedora, resultando gloria no escasa de llevar la civilización a un país que hace tres mil años aguarda ese beneficio del mundo culto... El imperio de Marruecos, por la abundancia de sus producciones y la feracidad de su suelo pudiera llegar a ser en manos de una nación inteligente un emporio de riqueza y una de las naciones más deliciosas del globo»⁹.

(8) Notas estadísticas e históricas de Pascual Madoz, en COELLO, Francisco. *África. Posesiones españolas. Mapas generales*. Grabado por Juan Noguera. Madrid, 1850.

(9) *El Heraldo*, de 20 de marzo de 1844.

Sin embargo, el 4 de mayo de 1844, el general Narváez alcanzó la Presidencia del Consejo de Ministros con un programa que centralizaba sus esfuerzos en la política interna, focalizando la atención en articular consensos parlamentarios con los que poder llevar adelante la reforma constitucional a la que se había comprometido. Los problemas del norte de África pasaron a un segundo plano y, el 25 de agosto de 1844, España firmó con el Sultán el Convenio Tánger, en el que ambas partes se comprometían a preservar las demarcaciones de Ceuta, que el 12 de mayo de 1845 hubo que ampliar al rango de Tratado, para incluir idénticas prescripciones respecto de las circunscripciones de Melilla y Larache.

La escasa preocupación de la «cuestión marroquí» mostrada por los sucesivos gobiernos de Manuel Pando Fernández y Florencio García Goyena, dieron pábulo al incumplimiento sistemático del clausulado y a la escalada de agresiones contra los intereses españoles en la región. La crisis alcanzó su punto álgido cuando, espoleado por la indiferencia de España y con la connivencia del Sultán, a finales de diciembre de 1847 un buque de guerra francés puso rumbo a las Islas Chafarinas con intención de tomarlas. Informado el Ministerio de la Guerra, una flota española logró adelantarse a la acción y, el 5 enero de 1848, la infantería de marina ocupó los tres islotes, estableciendo a partir de entonces una importante posición adelantada en la línea de comunicación entre Ceuta y Melilla.

De nuevo, la segunda guerra carlista volvió a concentrar el esfuerzo bélico hacia el interior del país, hasta que, una vez superado el Bienio Progresista en el que Leopoldo O'Donnell ocupó la cartera de Guerra, los conservadores regresaron al poder de la mano de la Unión Liberal fundada por éste. Las operaciones en el norte de África retomaron el protagonismo de la década anterior y el Gobierno decidió levantar una línea fortificada en las inmediaciones de Ceuta, al fin de protegerla de las incursiones cada vez más intensas de las cabilas vecinas. Pero la noche del 10 de agosto de 1859, una partida de nativos «tuvieron la osadía de derribar las obras de fortificación empezadas por la compañía de ingenieros que el gobierno mandó allí con dicho objeto»¹⁰.

Las autoridades militares redoblaron las guardias de las obras, pero dos semanas más tarde, miembros de la cabila Anyera, abrieron fuego contra los

(10) *El Isleño*, de 22 de agosto de 1859.

piquetes de avanzada, los españoles contraatacaron y en la escaramuza registraron cinco bajas¹¹. Aunque todos ellos fueron heridos leves, España encontró el «casus belli» que necesitaba para legitimar la intervención. El Consejo de Ministros se reunió de urgencia el 25 de agosto y decidió embarcar un destacamento con tropas de refuerzo para hacer frente a las hostilidades.

El conflicto pudo haberse evitado, pero ese mismo día falleció el Sultán Ab dar-Rahmán ibn Hisham, al que sucedió su hijo Mohammed IV, cuyos partidarios eran radicalmente contrarios a la presencia española en el norte de África e hicieron fracasar la negociaciones. Así, el 22 de octubre de 1859, con las reticencias de Gran Bretaña y el apoyo expreso del resto de potencias europeas, España declaró la Guerra a Marruecos. El propio O'Donnell se puso al frente de un contingente de cerca de 50.000 efectivos, que fueron enviados a combatir en la que, a partir de entonces, sería conocida como Guerra de África.

La intervención militar muy breve gracias a la serie de victorias concatenadas que, entre el 1 de enero y el 23 marzo de 1860, decidieron el conflicto a favor de España. Reafirmada en sus posesiones con el Tratado de Wad-Ras, de 26 de abril siguiente, el conflicto dejó no obstante un saldo extremadamente negativo en cuanto al número de muertos, cifrados por Antonio Pirala en 7.020 soldados, si bien mayor la mayor parte ellos, 2.833 (69,7 %), no habían fallecido en combate, sino a consecuencia de las sucesivas epidemias de cólera y disentería desatadas en los campamentos¹².

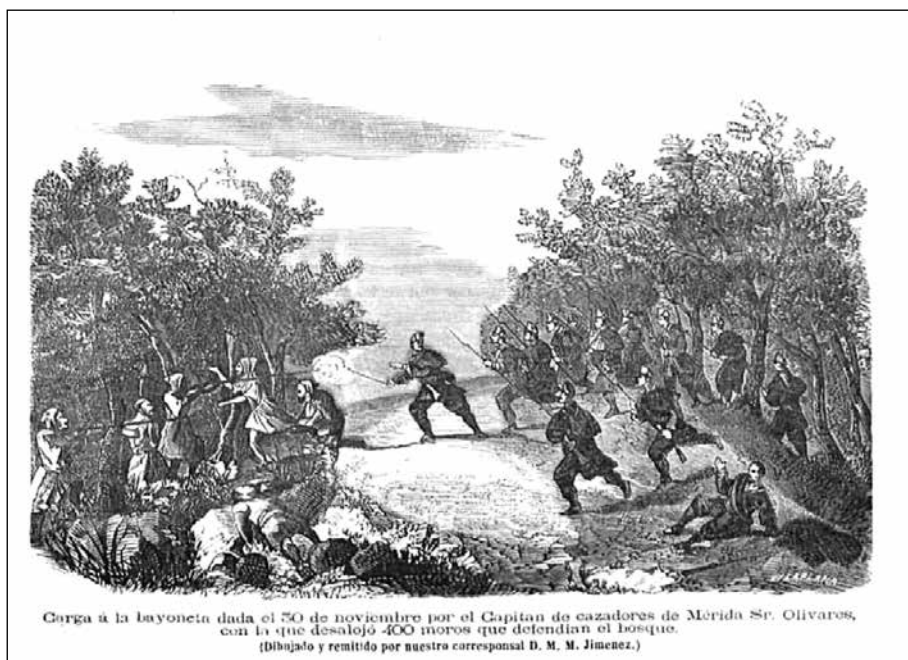
Aquella pírrica victoria fue objeto de numerosas críticas y enturbiaron aún más las confrontaciones partidistas. Con razón, el marqués de Mendigorriá, que había sido Presidente del Consejo de Ministros tras la Vicalvarada y hasta la llegada de Espartero, opinaba que: «los laureles de África no sirvieron al ilustre O'Donnell para imponer la paz entre nuestros partidos, ni para dominar las inmensas dificultades políticas que agitaban el país»¹³.

(11) *La Correspondencia Autógrafa*, de 26 de agosto de 1859.

(12) PIRALA CRIADO, Antonio. *Historia Contemporánea. Segunda Parte de la Guerra Civil*. Tomo I. Tipografía de Rojas. Madrid, 1893; pág. 849.

(13) FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando. *Mis memorias íntimas*. Tomo III. Sucesores de Rivadeneira. Madrid, 1889; pág. 423.

Además de políticamente inútil, la intervención tampoco sirvió para erradicar de raíz los conflictos con las cabilas vecinas, que continuaron hostigando las guarniciones españolas en años sucesivos y, el 28 de octubre de 1893, se cobraron la vida del comandante general de Melilla, el extremeño Juan García-Margallo. Sirvió como mal menor para que nuestros compatriotas comenzaran a interesarse por la cultura marroquí, que vivió su edad dorada a través de la pintura orientalista de Fortuny, Escacena o Pérez Villaamil, así como en la literatura romántica y en el fomento de la investigación promovida por la Sociedad Geográfica y la Asociación Española para la Exploración de África, fundadas en 1876. Aunque también es cierto que esta etapa de aproximación a la cultura marroquí coincidió en el tiempo con el interés despertado entre las potencias para controlar aquellos vastos territorios sin explorar que ofrecía el continente africano, en tanto derivada de los nacionalismos impulsados por el nuevo sistema de contrapesos europeos.



Grabado publicado en Mundo Militar, el 1 de enero de 1860, en el que se representa la acción de una Compañía de Cazadores de Mérida en la Guerra de África, el 30 de noviembre de 1859.

La Guerra de Crimea (1853-1856), en la que se vieron envueltas Francia y Reino Unido como coaligados del Imperio Otomano frente al expansionismo ruso, y fundamentalmente el desenlace de Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), impuso en el Continente el sistema bismarckiano de alianzas, como solución inmediata al reparto de áreas de influencia en el que chocaban las placas tectónicas de las potencias, que en buena parte lograría dilatar el inevitable conflicto armado gracias a la colonización y posterior explotación económica de los recursos africanos. De este modo, el imperialismo europeo acabó focalizando su objetivo en África, un continente que acababa de ser explorado y cartografiado casi en su totalidad por David Livingstone y Henry Morton Stanley.

Stanley había alcanzado la cuenca del Congo en 1877, después de acordar con los jefes tribales la concesión de ricos y extensos territorios en favor de Leopoldo II de Bélgica, lo cual amenazaba la delimitación histórica de Portugal en Angola. En 1880, los países europeos fueron reunidos de urgencia en la Conferencia de Madrid para decidir la creación de un sistema de protecciones consulares que amparara la voracidad territorial en el continente africano, pero meses más tarde Francia se adelantó al resto de países para tomar posesión del Congo occidental y, en los años sucesivos, extendió su área de influencia hasta llegar a la frontera con Guinea.

Alemania trató de apaciguar el expansionismo francés convocando de nuevo a todas las potencias a la Conferencia del Congo, que se celebró en Berlín entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885, y sentó las bases de la ocupación efectiva del continente africano, repartiendo las zonas de predominio. De este modo, 30 millones de kilómetros cuadrados y 500 millones de habitantes quedaron sometidos en dos terceras partes a Gran Bretaña, con Francia, Alemania y Bélgica como principales beneficiarios sobre el resto del territorio. España, una potencia de segundo orden, únicamente pudo aspirar a una pírrica encomienda situada en la franja litoral, frente a Canarias y el Golfo de Guinea.

La Conferencia de Berlín dejó a Libia como único territorio libre de presencia europea en el norte de África, al objeto de convertirla en barrera entre los intereses de Gran Bretaña en Egipto y el dominio de Francia sobre Argelia y Túnez, que había tomado en 1881. En 1887 Alemania alcanzó un acuerdo secreto con Rusia a través del Tratado de Reaseguro, por el que esta última se comprometía a respetar los intereses de la Triple Alianza a cambio de ase-

gurar su ascendencia sobre los Balcanes. Y ese mismo año el canciller Otto von Bisamarck promovió el acercamiento a Gran Bretaña en los Acuerdos del Mediterráneo, que trataban de aislar a los franceses, manteniendo el «status quo» en el norte de África. España se adhirió al mismo el 4 de mayo de 1887, comprometiéndose «a no prestar, respeto de Francia, en lo que concierne, entre otros, a los territorios del norte de África, a ningún tratado o arreglo político alguno que directa o indirectamente vaya dirigido contra Italia, Alemania o Austria, o contra una u otra de estas potencias»¹⁴.

El Acuerdo con la Triple Alianza fue renovado el 4 de mayo de 1891 y mantuvo alejada a Francia de los intereses españoles en Marruecos hasta finales de siglo, permitiendo que la acción exterior de España se centrara en sofocar el levantamiento cubano y la consiguiente guerra con los Estados Unidos (1895-1898).

II.2. De la monarquía constitucional a la campaña del RIF (1902-1912).

El armisticio dio paso a una segunda etapa en la política intervencionista del norte de África, puesto que tras el Tratado de París de 10 de diciembre de 1898, España reconoció la independencia de Cuba y cedió a los norteamericanos sus posesiones en Puerto Rico y Filipinas. En 1899 cedió también a Alemania los archipiélagos de Palaos, las Marianas y las Carolinas, por lo que, con el imperio de ultramar liquidado, los españoles pusieron de nuevo las miras en África.

Después de haber expiado sus responsabilidades por la derrota de Cuba, Práxedes Mateo Sagasta regresó a la Presidencia del Consejo de Ministros dispuesto a buscar un nuevo campo de acción para el Ejército, hipertrofiado de generales, jefes y oficiales, con promociones de infantería que superaban los 300 oficiales anuales. Marruecos era el único territorio que quedaba por someter en el Continente, y el imperio jalifiano se encontraba en descomposición, con amplios territorios controlados por cabilas rebeldes a la autoridad del Sul-

(14) Según el artículo 2 de la «Nota del Gobierno español al Gobierno de Italia referente a la actitud amistosa de España respecto a Italia y a otras potencias de la Triple Alianza, y al mantenimiento del status quo en el Mediterráneo, de 4 de mayo de 1887». IBAÑEZ DE IBERO, Carlos. *Política mediterránea de España (1704-1951)*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1952; pág. 265.

tán. Esta situación preocupaba a Francia, que tenía intereses mineros en una de las zonas más inestables y conflictivas, precisamente aquella limítrofe con Argelia. Como Alemania también estaba interesada en explotar esta región y Gran Bretaña temía que alcanzase una posición de dominio sobre el Estrecho de Gibraltar y el tráfico mercante del Mediterráneo, se alineó con Francia en su política de realizar concesiones a España, mientras ambas potencias negociaban un «status quo» más amplio sobre el norte de África.

De este modo, el 27 de julio de 1900, el gobierno conservador de Francisco Silvela firmó el primer Tratado Hispano-Francés que reconocía como límite entre ambas naciones el curso del río Muni y cedía a España los territorios administrados hasta entonces en la franja litoral del Sahara, entre el Golfo de Guinea y Río de Oro. El reparto de Marruecos comenzó a fraguarse, sin embargo, dos años más tarde, en un proyecto de acuerdo que finalmente no sería ratificado y en el que las partes se comprometían a intervenir en la región, en caso de que su gobierno se mostrara impotente para mantener el orden político, al fin de «establecer la tranquilidad, proteger la vida y los bienes de las personas y de garantizar la libertad de las transacciones comerciales»¹⁵.

Finalmente, tras la Declaración de Londres, firmada el 8 de abril de 1904, los franceses acordaron dejar a los británicos libertad de acción en Egipto, lo que significaba en esencia asumir el control de toda la costa occidental de África hasta Ciudad del Cabo, a cambio de la ansiada extensión territorial en Marruecos. El 31 de octubre, una comisión hispano-francesa negoció un clausulado secreto, que debía añadirse a dicho acuerdo con la aquiescencia de Gran Bretaña, cuyo artículo 3 reconocía a España un área de influencia reducida expresamente a las ciudades de Ceuta y Melilla, completada con una administración que podía hacerse extensiva entre el Mediterráneo y el margen derecho del río Sebú, puesto que los británicos deseaban evitar a toda costa que los alemanes controlasen el Estrecho de Gibraltar¹⁶.

(15) Artículo II. Proyecto de Tratado entre España y Francia relativo a Marruecos. CALVO Y CONEJO, Gonzalo. *España en Marruecos (1910-1913). Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif*. Editorial Maucci. Barcelona, 1913; pág. 693.

(16) BECKER GONZÁLEZ, Jerónimo. *Tratados, Convenios y Acuerdos referentes a Marruecos y Guinea española. Liga Africanista Española*. Madrid, 1918; págs. 163-168.

El texto de aquel acuerdo aparentemente reservado desató una crisis diplomática cuando fue conocido por Alemania. El 31 de marzo de 1905, el káiser Guillermo II visitó Tánger para anunciar que defendería la independencia de Marruecos y los intereses económicos de su país en el territorio. Las declaraciones provocaron que un escalada de tensión y Francia comenzó a desplegar tropas en la frontera con Argelia. España se ofreció como mediadora y organizó una conferencia internacional, que fue celebrada en Algeciras entre 1 de enero al 7 de abril de 1906, y concluyó el 31 de mayo con una Acta en el que el Káiser se comprometía a respetar la partición hispano-francesa, a cambio de que ambos países permitieran la licitación de sus empresas mineras en el área de Marruecos.

Los acuerdos fueron formalmente ratificados, en el caso de España, en la Declaración de Cartagena, firmada el 16 de mayo de 1907 con Gran Bretaña y Francia, en la que, además de garantizar el apoyo a la Armada francesa en el caso de ataque de la Triple Alianza, se delimitaban las cuencas mineras que, finalmente, fueron adjudicadas a la Compañía de Minas del Rif, creada para tal fin. En 1908 España inició las explotaciones de los yacimientos de hierro de Uixán y Axara, en el macizo de Beni-Bu-Ifrur, a unos treinta kilómetros de Melilla. Esta era una zona especialmente conflictiva, rodeada de cabilas rebeldes:

«Revoltosas, indómitas, que no hace caso del Majzen, burlándose de sus representantes; viviendo en la más completa anarquía; diezmándose entre sí por guerras intestinas, de dxra a dxra, de casa a casa y de familia a familia, en las que el hermano mata al hermano.

El rifeño es duro, intratable, falso, vengativo y de corazón insensible a los ruegos, así como a los llantos de las mujeres que, en los saqueos y remate de heridos, después de las batallas piden la vida de sus maridos, de sus padres o de sus hijos. Este montañés es un bruto humano poco comunicativo, y sus relaciones son muy reducidas fuera de su cabila; además, no es querido por sus vecinos, pues soporta apenas en su territorio la presencia del árabe extranjero, y menos aún la del hebreo, por el cual siente el mayor desprecio»¹⁷

La presencia de la compañía minera alteró la precaria convivencia que había venido sosteniendo la guarnición de Melilla con las revoltosas cabilas

(17) DELBRELL, Gabriel. *Geografía general de la provincia del Rif*. Telegrama del Rif. Melilla, 1911; págs. 56 y 57.

rifeñas que la rodeaban. De repente, comenzó a organizarse una insurgencia alrededor de la figura de Mohamed Ameziane, conocido entre españoles como El Mizzian, un cadí de la cabila de los Beni Bu Gafa que dominaba buena parte del oeste del macizo del Gurugú y predicó la yihad contra los europeos. A resultas de los ataques, la opinión pública fue cuestionando las razones que fundamentaban la presencia Española en Marruecos.

El 12 de junio de 1909, Leopoldo Romero y Sanz, director de la *Correspondencia de España*, escribió un incendiario editorial titulado «La trompa bélica suena», que sería reproducido más tarde en otros diarios nacionales, por el que se llegó a ser procesado en virtud de la llamada Ley de Jurisdicciones, la Ley para la Represión de los Delitos contra la Patria y el Ejército, de 22 de marzo de 1906:

«¿A qué vamos a Marruecos? ¿A defender intereses comerciales? Pues si eso se dice, eso es mentira... Una ridícula mentira. En Marruecos, y es menester decirlo, no tenemos intereses comerciales que merezcan derramar una sola gota de sangre... Enviaremos soldados, más promesas que realidades, más proyectos que hechos, y por todo sacar, sacaremos sólo una cosa: sangre al pueblo y dinero al contribuyente.

No lo olviden los Gobiernos que gobiernan y los Reyes que reinan. Mil veces más peligros que no ir a Marruecos será el ir. Maura dijo un día que el Proyecto de Asociaciones era la Guerra Civil. Yo le digo que el ir a Marruecos es la Revolución, y al decírselo, sirvo a la Patria y al Rey, mucho mejor que haciendo creer al Rey y a la Patria que el ir a Marruecos conviene a la Nación y a la Monarquía»¹⁸.

(18) *La Correspondencia de España*, de 12 de junio de 1909; *La Tarde*, de 15 de junio de 1909; *El Diario Palentino*, de 16 de junio de 1909.



Cromo de la época en el que se representa el ataque de los rifeños a las cuadrillas de obreros que tendían el ferrocarril minero en 1809.

Aquellas palabras resultaron proféticas, puesto que, precisamente, un ataque a las cuadrillas de obreros que tendían la línea del ferrocarril a San Juan de las Minas, el 9 de julio de 1909, desencadenó una crisis sin precedentes del gabinete de Antonio Maura. Los atacantes se atrincheraron en el monte Gurugú y el Gobierno ordenó movilizar las brigadas mixtas de Madrid y Cataluña para reforzar a la guarnición de Melilla. La medida encontró un fuerte rechazo entre las clases obreras, especialmente en la zona industrial de Barcelona, donde los sindicatos socialistas, republicanos y anarquistas organizaron mítines y manifestaciones antibelicistas. La tensión fue en aumento, fundamentalmente a partir del 18 de julio, con los disturbios que precedieron el embarque del Batallón de Cazadores de Reus, que se extendieron por toda Barcelona cuando llegaron noticias confirmando las bajas registradas en la emboscada del Barranco del Lobo.

El incidente, ocurrido el 27 de julio, cuando la columna de los Cazadores de Madrid se dirigía al monte Gurugú, se había saldado con 153 soldados muertos, entre ellos el general Guillermo Pintos Ledesa, y 599 heridos, provocó la insurgencia civil: los obreros fueron armados, se levantaron barricadas y

más de un centenar de edificios sufrieron incendiados y toda clase de estragos. La revuelta

«Puso de relieve las enormes deficiencias del Ejército a la hora de afrontar el más mínimo conflicto, demostrando, entre otras cosas y según uno de los participantes, la falta de participación técnica, la inercia suicida de una oficialidad de cultura mediocre, en su estatismo ante la evidente necesidad de aprender. Igual que había sucedido en Cuba y Filipinas, sabía morir mejor que mandar»¹⁹.

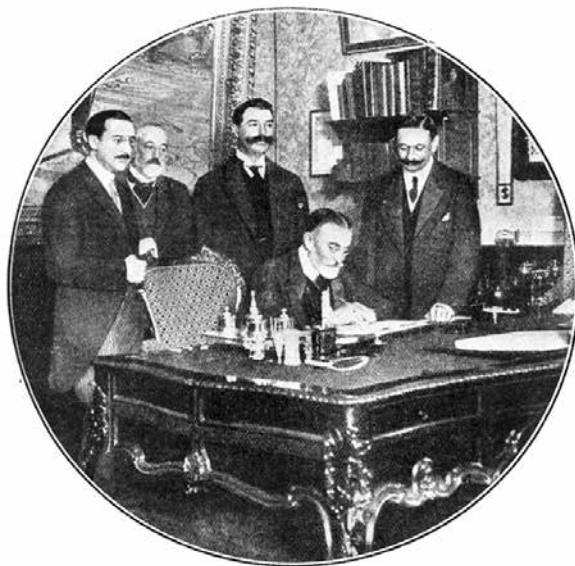
El Ejército se vio obligado desplegar más de 10.000 efectivos en Barcelona y el 2 de agosto las revueltas fueron finalmente sofocadas. La Semana Trágica coadyuvó a la caída de Maura, que tuvo que presentar su dimisión al Rey cuando la prensa internacional lo señaló como el principal responsable del fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia, un anarquista librepensador que había sido acusado de instigar las revueltas. José Canalejas, que le sustituyó en la presidencia del Gobierno, firmó el Acuerdo Hispano-Marroquí, de 16 de noviembre de 1910, cerrando momentáneamente las confrontaciones con las cabilas vecinas y permitiendo la explotación inmediata de las zonas interiores al sur de Melilla.

Sin embargo, la tregua apenas duró nueve meses. El 24 de agosto de 1911 los rifeños atacaron una comisión topográfica española que se había adentrado en el macizo del Kert. Los líderes rebeldes movilizaron de nuevo las harcas y el Sultán Muley Abdelhafid, incapaz de mantener el orden interno, solicitó apoyo de Francia, que ocupó inmediatamente Fez. Por su parte, España intervino en el conflicto tomando Alcazalquivir, Arcila y Larache, pero la Campaña del Rif acabó complicándose, una vez más, cuando Alemania consideró rotos los acuerdos alcanzados en la Conferencia de Algeciras y envió un buque de guerra a la rada de Agadir.

El asunto tuvo que ser dirimido de nuevo por las diplomacias europeas, con España actuando como mera espectadora. Las potencias se reunieron para decidir el reparto de las respectivas áreas de influencia y Alemania renunció definitivamente a sus pretensiones en el norte de África, a cambio de parte del dominio francés que correspondía sobre el Congo, concretamente aquella que

(19) ALBI DE LA CUESTA, J. *Un Protectorado...*, ob. cit; pág. 35.

permitía su anexión a la colonia alemana de Camerún. Así fue como, mediante el Tratado de Fez, firmado el 30 de marzo de 1912, el Sultán entregó la soberanía de Marruecos a Francia, que constituyó un régimen de protectorado.



Fotografía que reproduce la firma del Tratado Hispano-Marroquí de 1912, recogida en la obra *España en Marruecos*, publicada por el teniente coronel Gonzalo Calvo y Conejo en 1913.

III. EL PROTECTORADO

La firma del Tratado provocó numerosas revueltas, que propiciaron la caída del Sultán Abd al-Hafid. Le sucedió su hermano Mulay Yússef ben Hassan, que, acosado por las cabilas rebeldes, se vio obligado a trasladar la capital del reino a Rabat. La ciudad de Tánger mantuvo un régimen especial de administración internacional y Fez quedó como capital de hecho del Protectorado. Sobre el terreno, la zona occidental estaba poblada mayoritariamente por árabes, que se regían por la Ley Coránica y aceptaban la autoridad del Sultán, mientras que en la oriental se asentaban tribus bereberes, con una estructura social que no difería en mucho de la medieval. Este último era un territorio inhóspito, sin carreteras ni líneas de comunicación, con gran profusión de valles, gargantas y desfiladeros sin cartografiar. Sus habitantes no aceptaban la

jurisdicción del Sultán y se mostraron siempre hostiles a los intereses mineros de las potencias.

Francia, que competía con Gran Bretaña por el control del norte de África, no estaba dispuesta a destinar más recursos militares en la pacificación de la zona, por lo que, con la excusa de alejar definitivamente los intereses alemanes sobre el Estrecho, cedió a España una quinta parte del territorio que le había sido asignado en origen, que fueron compensados en parte con los dominios que los españoles habían obtenido al sur de Marruecos en el acuerdo secreto de 1904.

Las negociaciones fueron precedidas de un clima de gran conflictividad política en nuestro país, que el 12 de noviembre de 1912 desembocó en el asesinato del Presidente del Gobierno José Canalejas, cuando el anarquista Manuel Pardiñas Serrano le pegó un tiro mientras miraba el escaparate de la librería San Martín, en la Puerta del Sol. A Canalejas le sucedió el también liberal Álvaro Figueroa y Torres, Conde de Romanones, que el 27 de noviembre se comprometió a «velar por la tranquilidad de dicha zona y prestar su asistencia al gobierno marroquí, para la introducción de todas las reformas administrativas, económicas, financieras, judiciales y militares que necesita»²⁰.

Lo cierto es que la legitimidad española era de segundo grado, puesto que la parte «arrendadora» estaba constituida por el Gobierno francés y no por el Sultán, que detentaba la soberanía sobre el territorio, por lo que en esta especie de subcontrata España tan sólo podía rendir cuentas al jalifa, que era el delegado responsable de la demarcación administrativa que le había tocado en suerte. Así las cosas, la legitimidad primigenia correspondía a Francia, por lo que si esta abandonaba Marrueco también debía hacerlo España. Desde este punto de vista, la cesión representaba sin duda un regalo envenenado de 22.790 kilómetros cuadrados, que era la extensión que comprendían los sistemas montañosos del Rif, Yebala y Lucus, fronterizos con Ceuta, Melilla, el peñón de Vélez de la Gomera y Alhucemas, con la región de Tarfaya como límite meridional, sin duda la zona más pobre y arisca de Marruecos.

Con todo, los fundamentos éticos que subyacían al régimen del Protectorado como forma de colonialismo benévolo y fomento para el progreso de la civilización indígena, encontraron una acogida favorable en las corrientes

(20) Artículo I del Convenio Hispano-francés de 27 de noviembre de 1912.

ideológicas imperantes en España, en el krausismo y en la Institución Libre de Enseñanza. Jurídicamente en cambio, la figura del Protectorado entrañaba la cesión parcial de soberanía a otro Estado, el protector, «que ejerce sobre un territorio no incorporado por completo a esa nación y que mantiene sus propias autoridades; supone el mantenimiento de las formas de gobierno tradicionales, aunque tuteladas por las instituciones políticas creadas por los colonizadores, y se ejerce sobre un país más débil, supuestamente necesitado de apoyo y con su teórico consentimiento»²¹.

En esencia, el Estado protector se comprometía a colaborar en el ámbito de la gestión y seguridad interna, lo cual exigía un conocimiento exhaustivo de la región y de sus habitantes. Por el contrario, la ignorancia de la idiosincrasia marroquí era absoluta por parte de España. En los cuatro siglos anteriores, su presencia efectiva se había circunscrito al ámbito territorial de los presidios y el aislamiento generó una completa incomunicación con el entorno. Ahora, debía ejercer la tutela de algo más de 700.000 habitantes que, salvo poblaciones de cierta entidad en la zona occidental de Yebala, como Chauen, Larache, Arcila o Alcazarquivir, se encontraban diseminados en pequeños aduare, comunicados entre sí en los macizos montañosos de Gomara y el Rif, con picos como el del monte Tidiguin, en Alhucemas, que podían llegar hasta los 2.450 metros.

De este modo, comenzó nueva etapa en la política exterior de España respecto a Marruecos, en la que se trató de hacer frente a los compromisos adquiridos en aquella subcontrata, centralizando la gestión del territorio en la figura de un Alto Comisariado, con sede en Tetuán, que era asistido por delegados con competencias en tres áreas de actuación: asuntos indígenas, financieros y de fomento de los intereses materiales. A su vez, las ciudades de Ceuta, Melilla y Larache contaban con estatuto militar propio, como comandancias autónomas. A resultas de todo ello y en tanto el Ministro de Estado coordinaba las relaciones entre el Alto Comisariado y el Gobierno, mientras el Ministerio de Guerra tenía reservadas atribuciones estrictamente militares sobre las comandancia, el sistema devino ineficaz desde el primer momento.

(21) BLOND ÁLVAREZ DEL MANZANO, Carlos. «El Protectorado, firma del Convenio Hispano-Francés y Guerra del Rif 1912-1927». *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario. Instituto de Historia y Cultura Militar. Ministerio de Defensa. Madrid, 2012; pág. 110.

A ello contribuyó también la preeminencia del Ministerio de Guerra, puesto que rápidamente las comandancias tuvieron que hacer frente al conflicto provocado con el nombramiento del jalifa delegado en el territorio. Hasta entonces, buena parte de los políticos de Madrid habían apoyado a Muley Ahmed ibn Muhammad ibn Abdallah al-Raisuli, un aventurero que había alcanzado cierta fama internacional en 1904 tras el secuestro del playboy estadounidense John Handford Perdicaris, que se convirtió en cuestión de Estado e hizo intervenir al presidente Theodore Roosevelt para forzar el pago por su rescate. En 1908 Al-Raisuli lideró las cabilas que apoyaron a Abd al-Hafid en la guerra dinástica por el trono de Marruecos y en agradecimiento este le nombró pachá de Tanger, por lo que, dada la evidente ascendencia que ostentaba sobre la población bereber, era sin duda la figura que mejor podía ejercer de mediador en el territorio. Sin embargo, el Sultán designó como jalifa a su primo Mohamed el-Mehdi y Al-Raisuli culpó a los españoles de no haber sabido defender su candidatura, sublevando las cabilas de Yebala que le eran fieles.

El conflicto desencadenó la necesidad de nuevas levadas en la Península, que fueron acompañadas de un incremento exponencial del gasto dedicado al apartado militar. Si en 1906, el presupuesto aprobado por las Cortes para Marruecos había sido de 157 millones de pesetas, con un contingente de 83.000 hombres desplegados sobre el terreno, tres años más tarde, tras los sucesos del Barranco del Lobo, sería elevado a 218 millones, con 115.000 soldados de refuerzo, en 1912 alcanzó los 312 millones y un total de 130.000 efectivos, que fueron enviados a contrarrestar las hostilidades de Al-Raisuli en Yebala.²² Con todo, la Semana Trágica había aleccionado a

«Los políticos, en general, que temían el coste humano y económico de las responsabilidades que se habían asumido. Gran parte de la clase dirigente, por otro lado, estimaba que un país con las carencias de todo tipo que tenía España, plasmadas en enormes déficits en materias como educación, sanidad o infraestructuras, entre otras muchas, no estaban en condiciones de consagrar esfuerzos para civilizar tierras ajenas y hostiles, cuando las propias se hallaban en tan deplorable estado»²³.

(22) No obstante, el presupuesto llegó a alcanzar los 1.574 millones, con 216.000 hombres sobre el terreno, para financiar la contraofensiva de 1921-1922, generada tras el Desastre de Annual. LOZÓN UREÑA, Ignacio. «Las repercusiones de la acción de España en Marruecos: 1922-1923». *Tiempo de Historia*, nº 75. Prensa Periódica, S.A. Madrid, 1981; pág. 11.

(23) ALBI DE LA CUESTA, J. *Un Protectorado...*, ob. cit; pág. 163.

El Gobierno de Romanones no era ajeno al descontento social y trató de cubrir el déficit de efectivos con voluntarios acogidos a la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, aprobada de 29 de enero de 1912. La norma permitía redenciones tras cinco o diez meses de servicio, previo pago de cuotas de 1.500 a 2.000 pesetas respectivamente, que se conjugaba con la posibilidad de escoger Cuerpo de destino²⁴. Sin embargo, este último provocó que se agotasen rápidamente los puestos de Sanidad e Intendencia, por lo que tan sólo fueron cubiertas 477 de las 10.000 plazas previstas para tropa.

Por si fuera poco, las clases más pobres trataron de evitar el reclutamiento alegando alguna de las 248 exenciones que incluía el catálogo de taras físicas contemplado en la Ley, por lo que el número de excluidos por esta causa alcanzó porcentajes de entre el 20-25% a lo largo de toda la década. Si a ello sumamos que el número de prófugos, entre los que se encontraban los que recurrían a la emigración por motivos económicos, llegaba al 40%, podemos colegir que, a lo largo de la década, escasamente una quinta parte de los mozos en edad militar, esto es 474.366, sobre 2.635.991, fueron incorporados a filas. Como cabe entender el sistema estaba abocado al fracaso, por lo que continuó prevaleciendo el método tradicional y el Ejército «nutriase en sus soldados por mozos de campo, arrancados de sus casas con tanta violencia que el sorteo de quintas es casi la directriz de toda la vida de un individuo, cuya marcha al servicio militar se considera como definitiva desgracia de una casa»²⁵.

Si en 1912 el Ejército español apenas difería de aquel que, al mando de O'Donnell, regresó victorioso de la Guerra de África, los métodos de sus oponentes rifeños no habían variado en siglos. La mayor parte de las sesenta y seis cabilas asentadas en la región no reconocían la autoridad del sultán ni del jaliifa, su forma de combatir era medieval, en harcas lideradas por un caudillo local, normalmente improvisadas, que, salvo superioridad manifiesta, evitaban la confrontación directa y aprovechaban la ventaja del terreno para emboscar a los españoles, hacerles el mayor número de bajas posibles y regresar rápidamente a sus refugios de las montañas. En el combate, los rifeños continuaban haciendo buenos los comentarios recogidos en la prensa cincuenta años atrás, cuando aseguraban que:

(24) *Gazeta de Madrid*, de 21 de enero de 1912.

(25) ARAUZ DE ROBLES. José María. *Por el camino de Annual. Apuntes y comentarios de un soldado de África*. Voluntad. Madrid, 1924; pág. 172.

«El manejo de los cañones requiere estudios de que son incapaces los moros, pues desconoce el arte de la guerra. La manera de pelear es grosera y tal como la sugiere la naturaleza, mezclándose con el enemigo en pelotones confusos, avanzando con ímpetu y retrocediendo en espantosa gritería, todo lo fían a la agilidad de sus excelentes caballos»²⁶.

No obstante, el interés de las operaciones bélicas en el norte de África pasaron a segundo plano cuando, finalmente, el 3 de agosto de 1914, Alemania declaró la guerra a Francia. Eduardo Dato, germanófilo confeso, decretó sin embargo la neutralidad de España en el conflicto, una decisión que a corto plazo beneficiaría las exportaciones y el enriquecimiento de los altos estamentos sociales, pero que acabó disparando la inflación, sumiendo a gran parte de la población en la pobreza.

El 9 de julio de 1915, el Gobierno tomó una decisión importante en lo concerniente a los asuntos de África y designó en el cargo de Alto Comisariado al teniente general Francisco Gómez Jordana, que los dos años precedentes había ejercido como comandante de Melilla, aunando en una misma persona las responsabilidades políticas con el mando directo de las fuerzas del Ejército. El teniente general Gómez Jordana inició de inmediato negociaciones con Al-Raisuli, a la vez que redoblaba las operaciones contra las cabilas rebeldes, a las que llegó a someter. De este modo, en apenas unos meses y frente a la convulsa situación política por la que atravesaba España, el territorio marroquí quedó prácticamente pacificado.

En efecto, el 11 de junio de 1917, tras un bienio liberal en el que Romanones se había decantado por una política de apoyo efectivo a Francia, que provocó el hostigamiento de la Armada por parte de submarinos alemanes, Eduardo Dato regresó al Gobierno justo en el momento en el que arreciaban las protestas y manifestaciones sindicalistas. Al día siguiente fue obligado a legalizar las Juntas de Oficiales de Infantería y Caballería, que se constituirían a partir de entonces en un poder de hecho, superpuesto incluso al ordenamiento legal, con una ideología marcadamente social, enfrentada al colonialismo, a las prebendas de los oficiales africanistas y especialmente a la camarilla de generales que rodeaba a Alfonso XIII. Poco después, el 25 de junio, el Gobierno decretó la suspensión de las garantías constitucionales y ello coadyuvó

(26) *El Heraldo*, de 20 de marzo de 1844.

a la convocatoria de una huelga general en Cataluña que, bajo la influencia de la revolución bolchevique, sería firmemente apoyada por UGT y CNT. La represión militar subsiguiente originó más de 80 muertos, junto a cientos de heridos y detenciones, entre ellas la de los dirigentes socialistas Julián Besteiro y Largo Caballero, provocando la caída definitiva de Dato.

Manuel García Prieto, que había liderado la escisión de los liberales de Romanones, se puso entonces al frente de un Gobierno de concentración nacional, en el que los socios catalanistas exigieron la amnistía de todos los detenidos en la huelga revolucionaria. Ante la deriva de los acontecimientos, en marzo de 1918 Alfonso XIII amagó con abdicar y abandonar el país, por lo que García Prieto presentó su dimisión y el conservador Antonio Maura regresó a la política activa para formalizar Gobierno. El 11 de noviembre un armisticio puso fin a la I Guerra Mundial y, una semana más tarde, el Alto Comisariado murió de un infarto en Tetuán, cerrando así mismo un ciclo de la política intervencionista de España en Marruecos.

IV. PRISIONEROS DE ABD EL-KRIM.

IV.1 El desastre de Annual.

El Tratado de Versalles, firmado el 28 de julio de 1919, impuso un nuevo orden en las relaciones internacionales. En el ámbito interno, las secuelas económicas de la Gran Guerra agravaron las tensiones políticas y radicalizaron los discursos, que tomaron pronto un cariz revolucionario. Las consecuencias más gravosas de la Campaña de Marruecos recayeron en las clases débiles, por lo que el descontento social también fue en aumento, secundado por una serie de factores, entre los que se encontraban el incremento del paro, derivado de la caída de la producción por la contracción de la demanda externa; la inflación; la polarización civil; el auge de los sindicatos obreros, con su capacidad movilizadora; la influencia de las ideas bolcheviques entre el proletariado; así como la intransigencia de la clase política para abordar las reformas y la represión ejercida por el Ejército y la Guardia Civil, en las manifestaciones de jornaleros que se reprodujeron en el medio rural y por las que aquel período sería conocido más tarde como Trienio Bolchevique²⁷.

(27) DE DIEGO GARCÍA, E. *La España...*, ob. cit; pág. 38.

En gran parte, el conflicto social continuaba enraizado a la política militar e intervencionista que los sucesivos gobiernos españoles habían venido practicada en Marruecos en las dos últimas décadas. Siguiendo el turno, Romanones había recuperado el poder el 5 de diciembre de 1918, y entre sus proyectos estaba nombrar a un civil para el cargo de Alto Comisariado, que apenas una semana antes había dejado vacante el teniente general Francisco Gómez Jordana, haciendo desaparecer la figura de general en jefe para que los comandantes de Ceuta y Melilla despacharan directamente con el Ministro de Guerra. Pero finalmente esta idea acabó siendo desechada y, el 29 de enero de 1919, el general de brigada Dámaso Berenguer Fusté acabó siendo designado para el cargo, con una graduación menor a la que había ostentado su predecesor y equiparable por tanto a la de los comandantes de Ceuta y Melilla.

El julio de 1919 el también general de brigada Manuel Fernández Silvestre fue designado comandante de Ceuta. De la misma promoción que Berenguer, ambos procedían del Arma de Caballería, pero este era más antiguo en el escalafón. Silvestre era además veterano de Marruecos, donde se había fogueado como comandante general de Larache, antes de regresar a Madrid, el 9 de julio de 1915, para servir como ayudante de campo y persona de entera confianza de Alfonso XIII. Dos años antes, el 19 de junio de 1913, Silvestre había sido ascendido a general de brigada y, aunque Berenguer ascendió unos días después, el 3 de julio, la orden fue publicada en la *Gaceta de Madrid* al mismo tiempo, por lo que, cuando ambos obtuvieron destino en Marruecos, donde pretendían coronar sus respectivas carreras, el más antiguo acabó subordinado al más moderno.

Por lo demás, el carácter de ambos era diametralmente opuesto: Dámaso Berenguer pasaba por cerebral y reflexivo, mientras Manuel Fernández Silvestre tenía fama de visceral, con una campechanía que rayaba el exceso entre el grupo de oficiales que le acompañaban a todos lados y arropaban su decisiones, coloquialmente conocidos como «los manolos». Por esta razón, en previsión de eventuales fricciones, el Gobierno transfirió las atribuciones en materia de inspección sobre las autoridades civiles y militares al Alto Comisariado y, el 25 de agosto, en contra del criterio esgrimido por el propio Romanones al comienzo de la legislatura, centralizó el mando del Ejército de África en su figura.

Berenguer quedó por tanto al mando del Ejército, con un plan para pacificar el territorio que siguió a rajatabla durante el primer año de su mandato:

en la zona occidental sometió las cabilas de Anyera, Mesauar y Wad Ras, controlando las comunicaciones entre Ceuta, Tetuán, Tánger y Larache, y aislando a los rebeldes de Al- Raisuni en la provincia de Yebala. El siguiente paso era vencer la resistencia de Chauen, para a continuación lanzar un ataque combinado desde este frente y la región del Kert, contra las cabilas dominantes de la bahía de Alhucemas. La coordinación entre el Alto Comisariado y el comandante general de Ceuta, resultaron claves para alcanzar estos logros, pero el 30 de noviembre de 1919 Silvestre fue nombrado comandante general de Melilla y paso a regir su propio reino de Taifas, prácticamente autónomo, en el extremo opuesto a la jurisdicción que ocupaba Berenguer.

El 14 de febrero de 1920 Silvestre tomó posesión de la comandancia de la zona oriental, cuyo control lindaba por el oeste con cabila de Beni Said y Monte Mauro, mientras que por el este y el sur hacía frontera con las cabilas bajo dominio francés. Berenguer visitó Melilla una semana más tarde para acordar la ofensiva final que ambos habían acordado dirigir desde los dos frentes, y la campaña se inició finalmente el 6 de mayo, cuando el general Silvestre ordenó avanzar en dos columnas desde el oeste, a partir de El Batel y Kandussi, en el límite del territorio controlado previamente por Gómez Jordana, hacia la línea divisoria del río Kert. El 15 de mayo las tropas españolas confluyeron Dar Drius, en el margen izquierdo, desde donde a partir de entonces centralizaría la segunda fase de las operaciones, que culminaron el 20 de agosto con la toma de Tafersit y la conquista del corazón de la provincia del Kert.

Sin embargo, la resistencia se iba volviendo más férrea a medida que las tropas avanzaban, con decenas de cabilas hostigando las estiradas líneas de aprovisionamiento. El general Silvestre negoció con los líderes de las harcas y en el otoño de 1920 las columnas del frente oriental pudieron reafirmar sus posiciones en aparente calma. Por su parte, en el extremo occidental, el movimiento convergente de Berenguer finalizó el 13 de octubre con la toma de Chauen, por lo que únicamente quedaba por controlar, entre ambos ejércitos, la provincia del Rif.

Con este objetivo, la nueva ofensiva se puso en marcha el 5 diciembre de 1920. Con el visto bueno de Berenguer, Silvestre decidió avanzar hacia el norte en dirección a la costa y, en un fulgurante movimiento, el 11 de diciembre, alcanzó Monte Mauro, sometiendo las cabilas de Beni Ulichek y Beni Said. Un mes más tarde, el 11 de enero, tomó el poblado de Beni Ulichek, limítrofe con la cabila de Tensaman, y la jornada siguiente desembarcó en Afrau consolidó

el dominio del todo el sector norte, dejando expedito el camino hacia Sidi Dris, en la desembocadura del río Amekrán. Cercado por el sur con la toma de Annual e Izumar, el 15 y el 21 de enero respectivamente, el importante puerto de Sidi Dris cayó definitivamente en manos españolas el 12 de marzo de 1921.

Entre Silvestre y la Bahía de Alhucemas tan sólo se interponían las cabilas de Beni Urriagel y Bocoya, enemigas irreconciliables entre sí, pero las operaciones tuvieron que detenerse de nuevo para consolidar la línea de blocaos, cada vez más extensa y aislada, que el precipitado avance iba dejando a retaguardia. Los blocaos eran posiciones defensivas consistentes en un pequeño reducto construido sobre una posición dominante, rodeado de sacos terreros y alambradas, cuya guarnición estaba compuesta de un oficial o suboficial al mando de un puñado de soldados. La posición debía ser abastecida de agua y víveres cada dos semanas, por lo que la logística se convirtió en el principal problema para su mantenimiento, con un gran número de efectivos dedicados a dar cobertura a las columnas de suministro.

En su apresurada penetración hacia el norte, el general Silvestre había ido negociando con la mayor parte de las harcas sobre el terreno, sin llegar a desarmarlas ni someterlas completamente, dejando aisladas multitud de posiciones y desmantelando el sistema de blocaos para reutilizar sus materiales en los de avanzada. La progresión de Silvestre se detuvo precisamente en Annual, la posición más adelantada de todo este precario sistema, rodeada de quebradas y barrancos, batida y dominada desde varios frentes, carente de agua y pésimamente comunicada.

Con todo, la campaña había resultado un éxito, por lo que Berenguer se trasladó a Melilla para hacerse cargo de la situación sobre el terreno. El 13 de abril, en una demostración de fuerza, ordenó bombardear el zoco de Axdir, provocando numerosos muertos y heridos, la destrucción de decenas de viviendas y la unión de dos cabilas hasta entonces enemigas irreconciliables, los Bocoya y los Beni Urriagel, bajo la dirección del líder de estos últimos: Muhammad Ibn 'Abd el-Karim El-Jattabi²⁸. Nacido en Axdir, su padre, que había sido cadí y jefe del clan Ait Jattab, lo había enviado junto a su hermano a estudiar en España. Una vez finalizados los estudios, se integró como traductor en la Oficina Central de Tropas y Asuntos Indígenas de Melilla, ejerciendo

(28) MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto. «La ofensiva de Fernández Silvestre ». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018; pág. 16.

también como redactor de El Telegrama del Rif, pero comenzó a radicalizarse a la edad de treinta y dos años, tras haber sido nombrado jefe de los cadíes de Melilla. En 1915 fue procesado por colaborar con los alemanes y estuvo preso un año, soliviantando las harcas para luchar contra los españoles a partir de entonces. Precisamente, su capacidad de liderazgo, que había permanecido en un segundo plano hasta la primavera de 1921, comenzó a tomar relevancia a partir del bombardeo de Axdir.

El general Silvestre ignoraba la alianza fraguada por aquellas dos cabilas rivales, que habían conseguido reunir en torno a 1.300 hombres para luchar contra los españoles, por lo que el 1 de junio decidió cruzar el río Amekrán y tomar la posición adelantada del monte Abarrán, territorio de los Beni Urriagel. Una vez conquistada, dejó una guarnición compuesta de veintiocho artilleros, cincuenta soldados y doscientos indígenas de apoyo, que creyó suficiente para defenderla. Pero esa misma jornada, antes de caer la tarde, fueron rodeados por las tropas rebeldes, los soldados indígenas desertaron en masa, los españoles acabaron masacrados y los rifeños se hicieron con cuatro piezas de artillería, con las que al día siguiente atacaron el puerto de Sidi Dris. Envalentonadas, otras harcas se sumaron a la revuelta y la región se convirtió pronto en un polvorín, que hizo saltar por los aires la precaria línea defensiva trazada por los españoles.

El 5 de junio Berenguer se reunió con Silvestre y le reprochó la falta de previsión que había conducido a aquel desastre, ordenándole que reforzara las posiciones de retaguardia antes traspasar la línea del Amekrán. Por el contrario, dos días más tarde, Silvestre mandó establecer una guarnición sobre Igueriben, una eminencia situada al sur de Annual, sin agua y difícil de sostener. Los rebeldes la cercaron rápidamente, comenzaron a hostigarla y quedó aislada. Y durante más de un mes, los vanos intentos por auxiliar a su guarnición precipitaron los acontecimientos: Silvestre llegó a Annual el 21 de julio al frente del Regimiento de Caballería de Alcántara, tenía intención de mandar una carga para romper el cerco y dejar salir a la guarnición, pero ese mismo día, sin tener conocimiento de la llegada de refuerzos, los últimos defensores de la posición decidieron escapara en desbandada, enloquecidos por la falta de agua y provisiones.

La mayor parte de ellos cayeron acribillados en el camino a Annual, donde esa misma noche se reunió de urgencia una junta de jefes presidida por el propio Silvestre. La situación se tornó crítica, ya que:

«La que hasta hace poco era una base para la ofensiva, se había convertido en un callejón sin salida. El comandante de ingenieros Alzugaray la describió bien: está dominada por todas partes, es un ángulo muerto tan grande el que tiene en cualquier frente que no se puede descubrir al atacante hasta que está en la alambrada; tiene la aguada a 3 km, adonde hay que llegar por un camino que está a completa disposición del enemigo, batido por todas partes. Por si fuera poco, se descubrió que había víveres para cuatro días; agua ninguna, y municiones para un combate (20.000 cartuchos de fusil y 20 disparos por pieza)»²⁹.

Lo cierto es que la posición podía haber resistido a la espera de refuerzos, puesto que la fuerza española estaba formada por entre 4.500 y 5.000 efectivos, bien disciplinados y organizados en catorce compañías de fusileros y tres de ametralladoras, que contaban con cuatro baterías de artillería, frente a unos escasos 3.000 guerrilleros escasamente armados, pero inexplicablemente, el general Silvestre disolvió la junta de jefes anunciado que a las seis de la mañana del día siguiente emprenderían el repliegue. Decidió quedarse con sus coroneles para defender la posición y mandó al frente de la columna al general Felipe Navarro y Ceballos, que había llegado a Annual el día anterior con un refuerzo de 800 hombres.

Nunca más se supo de Silvestre. Debió morir en el asalto que sucedió a continuación, mientras las tropas evacuaban en completo desorden la posición, pero hay teorías que afirman que se suicidó y aun otras que lo pintaron cautivo de Abd el-Krim, aunque ambas son poco sostenibles. Lo único cierto es que el movimiento retrógrado programado nunca existió como tal: en la caótica carrera por alcanzar la línea de retaguardia, los hombres abandonaron armas y municiones, porque quienes quedaban rezagados o aislados eran abatidos sin piedad:

«Lo triste es que les impelía el miedo, más que el enemigo, porque los harqueños no eran soldados, apenas combatientes ocasionales y, ante todo campesinos. Ni en los más disparatados ensueños del kif habían imaginado tener al alcance de sus manos las riquezas que atesoraba Annual: fusiles, municiones, tiendas de campaña, víveres o mulos... El propio Abd el-Krim, embelesado,

(29) ALBI DE LA CUESTA, Julio. «La Noche Triste, decisión y derrumbe». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018; pág. 32.

permaneció en aquel lugar para intentar organizar el saqueo y procurar acumular todas las armas posibles»³⁰.

Cuando la noticia llegó a España, el diario *Las Provincias* acuñó por primera vez el nombre de Desastre de Annual para resumir aquella tragedia que aún no había hecho más que empezar³¹. Porque la semana que transcurrió entre la madrugada del 22 y la noche del 29 de julio de 1921 en la que la mermada columna del general Navarro, con 1.295 hombres útiles y 252 heridos, finalmente pudo alcanzar Monte Arruit, se convirtió en un amargo y particular viacrucis para las desmoralizadas tropas españolas, sembrado de estaciones repletas de dolor, sufrimiento y muerte, cuyos nombres, Izummar, Ben Tieb, Dar Drius, Igan, El Batel o Tistutin, quedaron para siempre marcadas en los anales del despropósito. En el reducto de Monte Arruit se agruparán todas aquellas fuerzas dispersas, procedentes de los blocaos, que se habían ido sumando a la columna de Navarro, en total 4.249 hombres a los que la insurgencia comenzó a bombardear de inmediato con los cañones tomados en Annual. La posición quedó aislada entre el 2 y el 3 de agosto con la caída de Nador, situada tan sólo a 14 kilómetros de Melilla, y Zeluán, localidad emplazada a medio camino, donde toda la guarnición que la defendía fue pasada a cuchillo, quemada viva o mutilada.

El día 9 de agosto, rendido por la sed, el hambre y un sol de justicia, el general Navarro decidió parlamentar con los sitiadores. Apoyado en un bastón, salió del recinto junto a su Estado Mayor para pactar la entrega de las armas a cambio salvar la vida de sus hombres, pero un momento dado, un grupo de rebeldes apartó a los oficiales y una turba de atacantes irrumpió en Monte Arruit disparando, cayendo en masa sobre cientos soldados desarmados y heridos, a los que dieron muerte sin piedad. Poco más tarde, el *Correo de la Mañana*, el diario maurista fundado en 1914 de mayor circulación en Extremadura, publicaba la versión de un superviviente bajo el título «Formidable ataque a Monte Arruit. Sucumben las fuerzas del general Navarro»:

«Los nuestros tenían provisiones y municiones, lo único que faltaba era agua. El general Navarro izó la bandera blanca y solicitó que se les diera de beber. Después, los moros pidieron que entregaran el armamento y se les dio

(30) ALBI DE LA CUESTA, J. *Un Protectorado...*, ob. cit; pág. 206.

(31) *Las Provincias*, de julio de 1921.

de plazo hasta el día siguiente, ero a media noche, el centinela sorprendió a un moro que avanzaba hasta la falta del Monte Arruit y, después de darle el ato, disparó, matando al moro y rompiendo con esto las relaciones. Al día siguiente la lucha fue horrible»³².

Resulta muy difícil precisar las bajas de la carnicería, ya que fueron integradas en el total de las pérdidas sufridas a partir del 21 de julio. En aquella Silvestre contaba con un total de 19.923 efectivos³³, por lo que teniendo en cuenta la cantidad de desertores y aquellos otros que se pasaron al enemigo, unos 4.158 soldados entre Policía Indígena y Regulares, así como ciertas unidades que, como la compañía de ametralladoras, consiguieron alcanzar Melilla por otro camino, algunos autores afirman que el número de muertos alcanzó los 7.975 hombres³⁴.

Los rebeldes hicieron pocos prisioneros. Algunos de ellos, 329 hombres, tuvieron la oportunidad de escapar para integrarse poco a poco en sus respectivas unidades cuando, a lo largo del verano, los españoles fueron recuperando las posiciones próximas a Monte Arruit. Por su parte, el grupo de oficiales encabezados por el general Navarro que fueron tomados como rehenes en esta posición, serían utilizados para negociar un suculento rescate, el resto, 465 soldados y 43 civiles, procedían de los blocaos y las posiciones aisladas que fueron cayendo tras el caótico repliegue, tendría menos suerte. Entre estos últimos, se encontraba un grupo de extremeños que pasaron dieciocho meses cautivos de Abd el-Krim antes de poder regresar de nuevo con sus familias.

IV.2. El cautiverio.

La captura de los prisioneros españoles reforzó el liderazgo de Abd el-Krim, que comenzó a sentar las bases de un Ejército regular que apoyase sus aspiraciones políticas: una República del Rif reconocida por el orden internacional surgido tras la I Guerra Mundial. El propósito era negociar un rescate millonario con el que financiar tropas y armamento, por lo que el 26 de agosto, el general Navarro y el grupo de oficiales supervivientes de Monte Arruit

(32) *Correo de la Mañana*, de 11 de agosto de 1912.

(33) AHN. Tribunal Supremo. 50 N2. Folio 379.

(34) ALBI DE LA CUESTA, J. *Un Protectorado...*, ob. cit; pág. 221.

fueron confinados En Axdir, repartidos en unos pabellones próximos a la residencia del caudillo rebelde. A lo largo del mes de septiembre se les unirían los jefes y oficiales capturados en los blocaos diseminados a lo largo de las líneas del frente, junto a 12 sirvientes y 2 civiles, que hicieron un total de 60 prisioneros privilegiados.

El resto, 465 suboficiales y soldados, fueron concentrados en Annual, aprovechando que la posición había sido reforzada y alambrada por los españoles. Allí eligieron como jefe al sargento Francisco Basallo Becerra, el cual, junto al teniente médico Fernando Serrano Flores, se convirtió en mediador y sostén principal de los reclusos frente a sus guardianes. Como en la prisión de Axdir, a lo largo de septiembre a este grupo se fueron sumando hombres, mujeres y niños, hasta hacer un total de 43 civiles.

El trato de estos 500 prisioneros, que había sido bastante aceptable hasta entonces, comenzó a cambiar cuando la contraofensiva española logró recuperar Nador el 17 de septiembre y, fundamentalmente, cuando cuatro días más tarde el teniente médico Antonio Vázquez Bernabéu, que se encontraba confinado entre los privilegiados de Axdir, logró fugarse para arrojar al mar y alcanzar nadando el Peñón de Alhucemas³⁵. Sujetos a un régimen de cautividad bajo palabra de honor, aquella fuga puso en entredicho la honorabilidad de los oficiales españoles, por lo que los rifeños comenzaron a aplicar torturas y castigos a partir de entonces.

Los maltratos se incrementaron el 14 de octubre, cuando triunfó una segunda evasión, la del comandante Rafael Sanz García, y Adb el-Krim ordenó que escatimaran las raciones. Ambos grupos comenzaron a pasar auténtica hambre, puesto que el correctivo fue aplicado también a los prisioneros de Annual, que además de la precariedad de alimentos, la carencia de medicinas y la escasez de calzado o mantas con las que cubrirse, fueron «obligados a trabajar forzosamente en tareas de dureza tal como abrir pistas, construir fortificaciones, excavar zanjas, arrastrar cañones por la difícil orografía rifeña, etc, [y] todo ello se combinaba con los habituales maltratos arbitrarios, que fueron *in crescendo*»³⁶.

(35) *La Correspondencia de España*, de 19 de agosto de 1921.

(36) MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel. «Cautivos españoles en el Rif». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018; pág. 51.

La situación se volvió crítica, el Gobierno conservador de José Sánchez Guerra tuvo recurrir a la ayuda humanitaria y, a partir de noviembre de 1921, encargó al capitán de corbeta Manuel Fernández Almeida que organizase convoyes de suministro, con todo tipo de alimentos y productos sanitarios destinados a los cautivos que, en su mayor parte, acabaron siendo escamoteados por los rifeños. Mientras tanto, la contraofensiva española había conseguido recuperar gran parte del terreno perdido, entre otras, las importantes posiciones Zeluán y Monte Arruit fueron ocupados en octubre, cercando de nuevo a las cabilas rebeldes. En este clima de confrontación, las negociaciones para liberar a los prisioneros se interrumpieron y, el 24 de noviembre, los carceleros comenzaron a sacrificar rehenes como medida de presión.

Entre noviembre de 1921 y enero de 1922, 11 soldados del campamento de Annual y 2 oficiales de Axdir fueron sacrificados, sin que el avance español no se detuviera por ello. El 20 de enero de 1922 cayó Dar Drius y dos días más tarde Abd el-Krim mandó ejecutar al comandante Jesús Villar Alvarado. Además, suspendió la ayuda humanitaria y ordenó trasladar a los prisioneros de Annual, posición amenazada por la vanguardia española, a la orilla opuesta del Amekrán, en las inmediaciones de la aldea de Yubal Kama, dejando el Monte Abarrán como parapeto. Poco más tarde, a primeros de febrero, la ruptura de las líneas del frente obligó a trasladarlos al norte, muy cerca del grupo de jefes y oficiales, en la localidad de Ait Kamara, situada apenas a 10 kms de Axdir.

El 8 de febrero de 1922, nada más llegar al campo de prisioneros, ocho españoles lograron evadirse con la complicidad de dos policías indígenas que también sufrían cautiverio. Entre los fugados se encontraban dos extremeños, los soldados Ignacio López Borallo, de Valencia del Ventoso, y Francisco Morujo Calleja, de San Vicente de Alcántara, que consiguieron alcanzar junto a sus compañeros la playa de Tenaman para apoderarse de un cábaro y, a fuerza de brazos, alcanzar el Peñón de Alhucemas, donde fueron rescatados por las tropas españolas³⁷.

Los rifeños volvieron a romper las negociaciones, incrementaron los castigos y reforzaron la vigilancia sobre los cautivos. La presión era cada vez mayor para el Gobierno conservador de José Sánchez Guerra. Las organizacio-

(37) *La Época*, de 10 de febrero de 1922.

nes obreras se manifestaban continuamente contras la presencia colonialista, y el 25 de abril consiguieron reunir en Madrid las familias de más de 35.000 soldados destinados en Marruecos, para exigir el reembarque. El Gobierno prohibió manifestaciones similares en Bilbao, Vitoria y San Sebastián, mientras el Ateneo de Madrid, epicentro de la vida cultural de la capital de España, organizaba conferencias antibelicistas en las que exigía el rescate de los prisioneros, así como responsabilidades militares por las muertes ocurridas en la semana trágica de Annual.



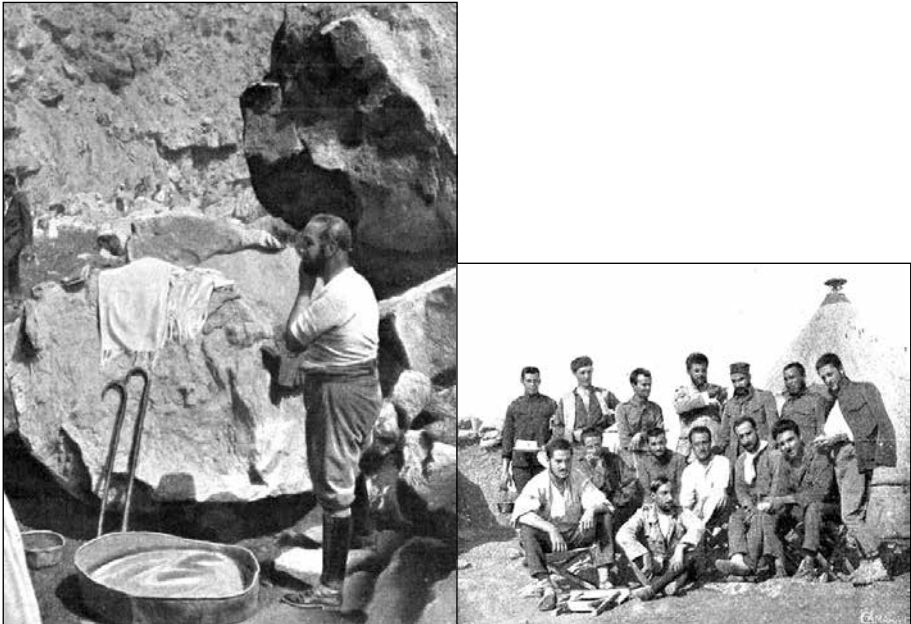
Instantánea publicada en *Mundo Gráfico*, el 22 de febrero de 1922, en el que posan algunos de los fugados el 8 de febrero anterior, junto a sendas fotografías de sus benefactores. El soldado Francisco Morujo, de San Vicente de Alcántara es el tercero por la izquierda.

En este contexto de crispación política, el 2 de agosto, el periodista segedano Luis Oteyza García, que dirigía por entonces *La Libertad*, logró entrevistarse con Abd el-Krim en Axdir. Le acompañaba el fotógrafo Alfonso Sánchez, que tomó instantáneas del líder rifeño, así como del general Navarro y los oficiales confinados en los barracones, pudiendo confirmar que «se hallaban en buen estado de salud, habiendo desaparecido la epidemia de tifus»³⁸. Aunque en el reportaje se mostró excesivamente correcto, en un libro posterior que recogió sus impresiones, acabaría confesando que «Los moros vigilan mucho, dispues-

(38) *La Libertad*, de 4 de agosto de 1922.

tos a castigar con la muerte el intento de evasión, y los someten a un régimen de obediencia absoluta, cuyas trasgresiones castigan implacablemente»³⁹.

Por otro lado y aunque *La Unión Ilustrada* ya había publicado fotografías de los jefes y oficiales prisioneros en Axdir⁴⁰, era la primera vez que Abd el-Krim concedía una entrevista, de más de cuatro horas además, por lo que Luis de Oteyza debió de contemporizar en el trato con el líder rifeño, hasta que la misma fue publicada más tarde en *La Libertad* todo con todo lujo de detalles, sin ahorrarse en críticas e incluyendo una nota manuscrita, firmada por el propio caudillo, en la que aseguraba que «el Rif no combate a los españoles, ni siente ningún odio hacia el Pueblo Español. El Rif combate a ese imperialismo militar invasor que quiere arrancarle la libertad a fuerza de sacrificios morales y materiales del noble Pueblo Español»⁴¹.



Fotografía del general Navarro aseándose, junto a un grupo de oficiales prisioneros en Axdir. Forman parte de una serie publicada en *Mundo Gráfico*, el 18 de enero de 1922.

(39) DE OTEYZA GARCÍA, Luis. *Abd-el-Krim y los prisioneros*. La Libertad. Madrid, 1922; pág. 104.

(40) *La Unión Ilustrada*, de 4 de enero de 1922.

(41) *La Libertad*, de 8 de agosto de 1922.

Apelando al sentimiento anticolonialista, Abd el-Krim trataba de asegurarse lealtades entre su propio pueblo, puesto que el rápido avance de las tropas españolas, que a fecha de la entrevista de Oteyza cubrían la mayor parte del territorio perdido tras el «Desastre», había llegado a cuestionar el liderazgo del rifeño, así como la legitimidad ostentada para negociar el rescate de los prisioneros. Como consecuencia de esto, el resto de los jefes rifeños comenzaron a entorpecer los acuerdos alcanzados hasta entonces, puesto que, como afirmaban algunos diarios:

«Nadie puede desconocer que en este terreno de los rescates, no basta que España quiera hacerlos, sino que hay que contar con que quieran los indígenas. Y son muchos, muchos, los jefes y notables de las cabilas de Beni Urriaguel, Bocoya, Beni Ulisex, Tensaman y Beni Tuizn, que se oponen con obstinación a los rescates, porque consideran que el conservar a los prisioneros es la única garantía que pueden tener de ser tratados con relativa consideración por las fuerzas españolas»⁴².

En España, la opinión pública continuaba aumentando, con manifestaciones diarias ante las comandancias de Ceuta y Melilla, en las que cientos de allegados y familiares clamaban por el regreso de los prisioneros en Navidad. Una comisión de diputados logró reunir firmas para instar una Proposición de Ley al Gobierno y obligarle a proceder de manera «activa, rápida y urgente en la liberación de los prisioneros de África, cuya situación angustiosa y prolongado cautiverio ensombrece nuestro sentimiento humanitarios»⁴³. La presión combinada de desde distintos sectores sociales consiguió dar fruto y a finales de octubre el Gobierno designó a un civil como representante. Se trataba de Horacio Echevarrieta Mauri, antiguo diputado por Bilbao y rico industrial, concesionario por entonces de las obras de la Gran Vía, que tenía grandes negocios en la zona de Marruecos, además de influencia entre la colonia de comerciantes, que rápidamente se puso en contacto con Mohamed Ben Abd el-Krim El-Jattab, hermano pequeño del líder rifeño, para negociar el rescate.

(42) *El Eco de Santiago*, de 20 de noviembre de 1922.

(43) *La Correspondencia de España*, de 1 de diciembre de 1922.

IV.3. El regreso de los extremeños cautivos en Ait Kamara.

Ajenos a estos movimientos, los prisioneros trataron de escapar de forma desesperada. En un intento de fuga, el 25 de diciembre fue abatido el capitán Luis Salto Rodríguez, los guardianes redoblaron los ultrajes y ese mismo día ciñeron al cuello del general Navarro una cadena, en cuyo extremo opuesto sujetaron también por el cuello al sargento Basallo. Las ofensas fueron habituales a partir de entonces y el episodio de los grilletos se repitió al menos una docena de veces hasta el final del rescate⁴⁴.

Sin embargo, las negociaciones comenzaron a encauzarse definitivamente y, el 8 de enero de 1923, la opinión pública tuvo la oportunidad de conocer, por vez primera, una lista en la que figuraban los sargentos, cabos y soldados, que aún continuaban vivos, en poder de los rifeños: en total 234 hombres, procedentes de los Regimientos de Infantería de Melilla (103) y África (18), Compañía de ametralladoras de precisión (3), Brigada disciplinaria (25), Ingenieros (21), Artillería (41), Caballería (8), Intendencia (6), Sanidad (4), Compañía de Mar (2), Extranjeros (2) y Regulares (1)⁴⁵.

La publicación de la lista de prisioneros era señal que las negociaciones habían triunfado, por lo que pronto se organizó el rescate. El 26 de enero de 1923, el buque Antonio López zarpó de Melilla a las ocho y media de la mañana en dirección al Peñón de Alhucemas. A bordo del barco iban el empresario Horacio Echevarrieta, el jalifa Mohammed Bennuna y el Secretario del Banco de España, al cargo de un millón de pesetas en monedas de plata y tres millones en billetes de curso legal, guardados en cajas fuertes escoltadas por un piquete de la Guardia Civil, que ese mismo día fueron entregados a Abd el-Krim, junto a 246 excombatientes rifeños, a cambio de liberar a los cautivos españoles.

Agrupados en la playa, ocho mujeres y nueve niños que habían convivido junto a los soldados los dieciocho meses de cautiverio, fueron los primeros en

(44) UXÓ PALAXI, José. «Los prisioneros de Abdelkrim». *Revista Ejército*, nº 679. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica. Madrid, 1997; pág. 81.

(45) Hasta donde hemos podido comprobar esta lista fue publicada por primera vez en *La Libertad y El Orzán*, de 8 de enero de 1922, y reproducida después en los diarios *La Correspondencia de España*, de 9 de enero de 1922, *El Pueblo y Correo de la Mañana*, de 10 de enero de 1922, así como *Diario de Valencia*, de 11 de enero de 1922.

subir a las barcasas⁴⁶. Nada más subir a bordo, «se les dio un caldo con huevo que tomaron con ansia, y siendo tal el hambre que les consumía, se les dio pan a pesar de la prohibición de los médicos. Inmediatamente se procedió al aseo de todos ellos, pelándolos, desinfectándolos y mudándolos de ropa»⁴⁷.

Era la una de la tarde del 26 de enero de 1923, pero la operación se dilató durante seis horas por el estado del mar, los excautivos fueron subiendo a bordo en grupos reducidos y el buque no consiguió arribar al puerto de Melilla hasta la madrugada siguiente. En total fueron rescatados 44 jefes y oficiales, 237 sargentos, cabos y soldados, y 23 civiles, incluidos 10 mujeres y 10 niños⁴⁸, por lo que, según los datos que aportamos con anterioridad, durante el cautiverio habrían muerto 152 prisioneros, en su mayor parte por enfermedad y desnutrición, aunque 13 fueron asesinados, entre ellos dos oficiales, víctimas de las represalias, además de otros 86 que lograron fugarse⁴⁹.

El estado de padecimiento, desnutrición y enfermedad en el que se encontraban los excautivos era tal que, según *La Correspondencia de España*, en la travesía hasta Melilla murieron dos soldados, mientras que la noche anterior al rescate habrían fallecido otros tres, entre ellos un tal Corbasero, natural de Badajoz⁵⁰. No hemos podido confirmar su presencia en la citada lista publicada unos días antes, aunque sí la del resto de extremeños que, a mediados de febrero, una vez obtenido el alta hospitalaria en muchos casos, además del correspondiente permiso, comenzaron a regresar a sus localidades de origen. Considerados auténticos héroes, la prensa regional glosó con todo lujo de detalles el recibimiento que les dispensaron sus paisanos, además de recoger alguna que otra entrevista narrando las peripecias del cautiverio⁵¹.

(46) *Diario de la Marina*, 27 de enero de 1923.

(47) *Correo de la Mañana*, de 30 de enero de 1923.

(48) Archivo del Servicio Histórico Militar de Melilla. Legajo 374, carpeta 13.

(49) BASALLO BECERRA, F. *Memorias...*, ob. cit; pág. 190.

(50) *La Correspondencia de España*, de 29 de enero de 1923.

(51) No hemos encontrado referencias en la prensa local del soldado del Regimiento de Infantería de Melilla Vicente Sánchez Marcos, oriundo de Valdeobispo, aunque consta en la referida lista de prisioneros y su peripecia fue narrada por SÁNCHEZ BUENO, Luis Carlos. «Semblanza de un soldado extremeño en el Desastre de Annual: Vicente Sánchez Marcos». *Revista de Estudios Extremeños*. Tomo LXXIV, nº III. Excelentísima Diputación de Badajoz, 2018.

Esta actitud contrastó abiertamente con la mantenida por Alfonso XIII, al que más tarde se le atribuyó la frase «¡Qué cara está la carne de gallina», con la que respondió al telegrama que le informó del rescate. No acudió a recibir a los soldados al puerto de Melilla por encontrarse de cacería y, el 12 de febrero de 1923, se dignó a recibir únicamente a dos excautivos: el teniente Julio Nieto, que acudió a la audiencia real en compañía de su padre, el coronel de artillería Enrique Nieto Galindo, y el alférez de complemento Juan Maroto y Pérez del Pulgar, cuya familia mantenía estrechas relaciones con la Corte⁵². El distanciamiento entre el pueblo y las élites políticas y militares era ya por entonces insalvable, como se encargarían de demostrar aquella serie de recibimientos, cada cual más caluroso y efusivo, con los que serían agasajados los excautivos extremeños.

Del primero que se tiene noticias es del sargento del Regimiento de Melilla Manuel Moreno Vela, natural de Guareña, que tuvo que pernoctar la noche del 14 de febrero de 1923 en Llerena «debido a una contingencia del servicio ferroviario». Había sobrevivido a la masacre de Dar-Quebdani, donde fueron asesinados cerca de 800 hombres de la guarnición después de deponer las armas, y la noche del 15 de febrero el Presidente de la Diputación le agasajó con un baile en su honor, al que asistieron las señoritas casaderas del lugar y que tuvo lugar en el salón de la *Cervecería Moderna*⁵³.

El 16 de febrero de 1923, llegó a la estación de Badajoz Luis Pichoto Sánchez, cabo de la 6ª Mía de la Policía Indígena, que después de ingresar con 19 años en el Regimiento Gravelinas había marchado voluntario a África seis años antes⁵⁴. Fue recibido por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, siendo conducido a continuación hasta su domicilio, sito en el número 28 de la calle Joaquín Sama, en el coche del alcalde, quien le hizo entrega de 500 pesetas que habían sido recaudadas en beneficio de los presos. Ese mismo día, en una entrevista concedida al *Correo de la Mañana*, contó que había sido hecho prisionero en la retirada de Annual y llevado a Amesauro, pero que el 25 de julio de 1921 acabó confinado, junto con otros muchos compañeros, en la primera posición. En el camino de regreso:

(52) *La Correspondencia de España*, de 12 de febrero de 1923.

(53) *Correo de la Mañana*, de 17 de febrero de 1923.

(54) *Correo de la Mañana*, de 16 de febrero de 1923.

«Por todas partes se veían muertos, muchos muertos... En las caras violáceas de aquellos desdichados estaba estampado el sello horripilante de la tragedia. La ferocidad rifeña nada respetaba y los cadáveres de nuestros compatriotas estaban mutilados horriblemente... También las alimañas, contagiadas acaso del virus criminal de aquel país de maldición, proseguían la macabra tarea iniciada por los hombres, más feroces todavía... y por un sentimiento de humanidad o quizá por el olor apestante de aquellas carroñas insepultas, nos encomendaron que les enterráramos... Donde había más víctimas era en Sidi Dris. Recuerdo que los cuervos, en inmensas bandadas, volaban en torno de los cuerpos insepultos, y con saña fiera, se disputaban los miserables despojos. El ambiente estaba envenenado por aquel olor macabro, y tan denso, que parecía mascarse. Frecuentemente teníamos ansias enormes de provocar, pero de nuestros estómagos exhaustos no podía salir nada»⁵⁵.

Por entonces debió llegar también Francisco García, soldado del Regimiento de Infantería de Melilla, natural de Oliva de la Frontera, que el 17 de febrero solicitaba al Alcalde de la localidad parte del dinero recaudado en la suscripción popular a beneficio de los presos, además de la instalación de «una sencilla lápida con los nombres de los gloriosos mártires oliveros que han sucumbido en las ingratas tierras africanas»⁵⁶.

El domingo 18 de febrero el tren trajo de regreso a varios soldados. En Higuera la Real se bajó Cándido Navarro García, del Regimiento de Caballería de Alcántara, y en Badajoz el artillero de Villar del Rey Manuel Rodríguez Manzano. A este último acudieron a recibirle «las fuerzas vivas de la población y el vecindario en masa, dando nota de patriotismo y demostración del entusiasmo que la llegada del exprisionero producía», después fue subido a un vehículo que lo condujo hasta su pueblo, pero varios kilómetros antes de llegar, los paisanos se adelantaron para vitorearlo y acompañarlo hasta el Ayuntamiento⁵⁷.

Ese mismo día llegó también a la estación de Almendralejo el soldado de ingenieros Carmelo Balsera González, oriundo de Santa Marta. Las autoridades de su localidad natal acudieron a recibirle y se formó una comitiva de

(55) *Correo de la Mañana*, de 17 de febrero de 1923.

(56) *Correo de la Mañana*, de 17 de febrero de 1923.

(57) *Correo de la Mañana*, de 18 y 20 de febrero de 1923.

coches que le arrojó hasta el pueblo como un auténtico héroe. Muchos paisano, incluso, no pudieron reprimir los anhelos por verlo «y se aproximaron a Aceuchal y Villalba, en deseo de ser los primeros en abrazarlo»⁵⁸. Dos días más tarde, un redactor del *Correo de la Mañana* se desplazó a Santa Marta para entrevistarlo y Balseira contó que había sido hecho prisionero en la estación de Telegrafía Óptica de Tunguz, donde resistió, cercado por los rifeños, junto a otros 104 hombres, hasta el 21 de julio de 1921. Únicamente sobrevivieron cuatro, dos tenientes y dos soldados, entre ellos el propio Baselga, que fueron llevados primero a Dar-Quebdani, más tarde Annual. y finalmente a Ait-Kamara, donde el confinamiento fue especialmente cruel «los cuarenta y siete últimos días, cuando los moros, desesperados por no llegar convoyes para robar las mantas donde envolvíamos a los muertos después de enterrarlos, y para comprarnos por un pedazo de torta de cebada la ropas que nos correspondían en el reparto, la emprendían a palos con los prisioneros»⁵⁹.

El soldado Balseira aprovechó la entrevista para reclamar la placa y la Cruz de Beneficencia, así como la Laureada de San Fernando, en gratificación a la labor realizada con prisioneros de Ait Kamara, donde sirvió como ayudante del sargento Basallo, «ponía inyecciones, medicinaba y velaba de noche a los 50 o 60 enfermos diarios que había, llegando a contaminarse de tifus». Su hermano, que era un conocido industrial del mueble en Barcarrota, organizó una serie de veladas y homenajes en el Casino de la localidad para promover el reconocimiento, que nunca obtuvo pese a lograr que se abriera juicio contradictorio⁶⁰.

El día 23 de febrero llegó a Villanueva de la Serena Miguel Tena Casillas, soldado del Regimiento de Melilla. A las seis y media de la mañana ya estaban reunidas las autoridades en la puerta del Ayuntamiento, «mientras el pueblo en masa, apiñado, esperaba anhelante la llegada del mártir en los andenes de la estación»⁶¹. Fue recibido con la Marcha Real, banderas y estandartes, el alcalde le hizo entrega de las 100 pesetas que habían sido reunidas por suscripción popular y pasaron luego a la iglesia, donde se cantó un tedeum y se ofreció una misa en su honor.

(58) *Correo de la Mañana*, de 20 de febrero de 1923.

(59) *Correo de la Mañana*, de 24 de febrero de 1923.

(60) *Correo de la Mañana*, de 24 de febrero, 13 y 24 de marzo, y 30 de julio de 1923.

(61) *Correo de la Mañana*, de 25 de febrero de 1923.

Con Miguel Tena llegó también el cabo de zapadores Dimas Salas Rivera, natural de Conquista de la Sierra, que fue obsequiado con dulces, licores y 25 pesetas antes de continuar hacia su pueblo. Al día siguiente, el redactor del *Correo de la Mañana* viajó a Villanueva para entrevistar a Tena, que contó que había sido hecho prisionero el 24 de julio de 1921 en el campamento de Ulad-Assa. De las dos secciones de infantería que lo defendían solo quedaron vivos cinco soldados, un cabo y un teniente de artillería, que fueron conducidos directamente a Axdir, de donde intentó evadirse dos veces, «la segunda vez recibió al ser cogido 105 cordelazos, haciendo un nudo en el cordel por cada uno de los que le daban». Contó también que, durante el cautiverio, «hubo quien comió ratones, cazados al tacto en la oscuridad de la mazmorra que les servía de perpetua estancia», coincidiendo en penurias con el cabo Pichoto, cuando aseguraba que «nos daban para todo el día un pan de cebada, mal cocida. [Por lo que] comíamos yerbas, hojas de chumbera y todo lo que se podía masticar. En el mes de abril comenzamos a construir un moravo y por esa época fue cuando la hambruna nos diezmaba. Raro era el día en que no morían dos o tres compañeros»⁶².

El 8 de marzo llegó a Badajoz Isidoro Marín Mateo, soldado de la 4^ª Compañías del I Batallón del Regimiento de Infantería de Melilla, en un estado lamentable. Había sido herido en el brazo y durante el cautiverio el miembro quedó inútil, por lo que las autoridades de la ciudad no pudieron complimentarle en la estación y fue llevado directamente al Hospital en estado febril⁶³. Allí, una vez recuperado, concedió una entrevista al *Correo de la Mañana*, para contarle sus aventuras: Trató de escapar de Monte Arruit con unos compañeros y alcanzó la aguada de Chamorra, pero allí fueron descubierto y un rifeño le disparó a bocajarro, hiriéndole en el codo del brazo derecho. Llevados a Nador, acabaron confinados en una aljibe con otros seiscientos soldados, que fueron matando poco a poco, por lo que en unos días solo quedaban doscientos. Antes de ser conducido a Ait Kamara, donde se hizo íntimo de Pichoto y Balsera⁶⁴, estuvo preso en un poblado «construido por nosotros; las piedras que nos servían para levantar las casas, teníamos que transportarlas a

(62) *Correo de la Mañana*, de 17 de febrero de 1923.

(63) *Correo de la Mañana*, de 8 y 11 de marzo de 1923.

(64) *Correo de la Mañana*, de 24 de febrero de 1923.

hombros desde varios kilómetros de distancia. Nos hacían acarrear treinta de ellas cada día, con un peso aproximado de 10 kilogramos. Como se verá, este trabajo era agotador, si se tiene en cuenta que por aquella época nuestro único alimento consistía en media torta de pan de cebada duro y negro»⁶⁵.

Por último, el redactor del *Correo de la Mañana* entrevistó también al soldado del Regimiento de Infantería de Melilla Ricardo Sotomayor Archidona, que llegó a Fregenal de la Sierra del 11 de marzo de 1923, encontrándose «el andén completamente lleno de gente, haciendo imposible el tránsito». El Alcalde, la Guardia Civil, el señor Arcipreste, la banda de música y una comisión del Cuerpo de Carabineros se encontraban esperando al tren, que entró a las once y cuarenta y cinco, con media hora de retraso, después fue conducido a la iglesia, donde se entonó el tedeum, y más tarde al Ayuntamiento, donde le fueron entregadas 500 pesetas reunidas en cuestación pública. Contó al periodista que se encontraba destacado en el blocao de Sidi-abd-el Saz, cuando el 23 de julio de 1921 recibieron órdenes de desalojar la posición, pero fueron rodeados, trató de escapar y vagó por las quebradas durante varios días hasta que, finalmente, fue capturado y llevado a Ait Kamara, donde en una ocasión «lo castigaron con cincuenta palos por haber matado un perro en unión de otros seis compañeros para satisfacer el hambre»⁶⁶.

V. EL INFORME PICASSO Y EL ADVENIMIENTO DE LA DICTADURA.

El caluroso recibimiento dispensado a los excautivos extremeños en sus localidades de origen, fue repetido en muchos lugares de España. Sus relatos incrementaron el número de detractores y la indignación de quienes estaban en contra de la intervención militar en Marruecos, confirmando el distanciamiento entre las élites políticas y las clases sociales más necesitadas. Las Juntas de Defensa clamaban contra los oficiales africanistas y los sectores más conservadores del estamento militar que, influidos por la Marcha sobre Roma de Benito Mussolini, estaban convencidos de que la «cuestión marroquí» nunca podría ser resuelta desde el ámbito civil y abogaban por enviar más hombre y recursos al norte de África.

(65) *Correo de la Mañana*, de 17 de marzo de 1923.

(66) *Correo de la Mañana*, de 11 de marzo de 1923.

El Gobierno había tratado de contemporizar hasta entonces. Nada más conocerse el alcance del «Desastre», mediante Real Orden de 4 de agosto de 1921, el Ministro de la Guerra Juan de la Cierva encomendó al general de división Juan Picasso González la incoación de un informe de carácter reservado que arrojar luz sobre lo sucedido. Este se desplazó a Melilla para recabar datos de la Comandancia General y el 18 de abril de 1922 entregó un voluminoso expediente, conocido a partir de entonces como «Informe Picasso», que el Gobierno remitió cinco días más tarde, mediante Real Orden de 21 de abril, al Consejo Supremo de Guerra y Marina. El 7 de julio, el Alto Tribunal Militar, dictó un Auto incoando la instrucción de más de veinte procedimientos judiciales que debían esclarecer las eventuales responsabilidades de los jefes y oficiales que habían participado en aquellos hechos e, inmediatamente, el general Berenguer presentó su dimisión como Alto Comisariado, siendo sustituido por el capitán general de Madrid Ricardo Burguete.

En paralelo al proceso judicial se exigieron también responsabilidades políticas. El 3 de marzo de 1922, el republicano Manuel Camo Nogués había solicitado al Ministro de Guerra una comisión de investigación que, tras ciertas reticencias por parte del Gobierno, sería finalmente constituida el 19 de junio, cuando a la petición se sumaron el resto de grupos parlamentarios. La tensión política continuó en aumento en el transcurso de aquel verano, cuando la contraofensiva en Marruecos reclamó nuevas levadas de reclutas que fueron embardas con una fuerte oposición social. Como resultado de todo esto, la reapertura del período parlamentario resultó especialmente dura. En la sesión de 21 de octubre de 1922, el diputado reformista Ramón Solano y Manso de Zúñiga, natural de Castuera, que había acompañado al general Picasso a Melilla para informarse de los hechos, aseguraba que:

«Había habido oficiales que, para sostener el lujo, el boato y las queridas en Melilla y Tetuán, han hecho contrabando de fusiles y municiones a los moros. Un ofuscado De la Cierva, después de esta dura intervención y conocida su posición militarista ante la cuestión marroquí, terminó por entrar finalmente al trapo acusando al diputado de deslealtad, y concluyó, en un alarde de dramatismo, encarándose con la Cámara: ¿Es que hay alguien aquí que diga con carácter general que el Ejército español es un ejército de bandidos? El tumulto desatado le obligó a callarse, pero el mismo tono bronco in crescendo se registró en las sucesivas sesiones»⁶⁷

(67) GAJATE BLANCO, María. «Ecos del Desastre en España». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018; pág. 53.

Los primeros resultados de la comisión de investigación se dieron a conocer en la sesión del 16 de noviembre, fecha en la que el socialista Indalecio Prieto, que la presidía, presentó unas conclusiones preliminares en las que exigía, entre otras cosas, responsabilidades políticas a los miembros del Gobierno, la separación del Ejército de los generales Berenguer y Navarro, la clausura de las academias militares, la disolución del Cuerpo de Intendencia y la derogación de la Ley de Jurisdicciones⁶⁸. Este clima de polarización extrema no era sino reflejo de la confrontación social, que llegó a un punto álgido cuando, en el verano de 1923, gran parte de los excautivos agotaron las licencias y tuvieron que regresar a sus respectivas unidades para ser embarcados de nuevo al norte de África.

Precisamente, el sentimiento antibelicista que caracterizaba a la tropa vendría a precipitar los acontecimientos cuando, el 25 de agosto de 1923, estalló un motín en el puerto de Málaga. Aquel día se encontraban reunidos en el cuartel de Segalerva más de cuatrocientos efectivos de los Regimientos de Infantería de Valencia, Navarra, Guipúzcoa y Galicia, preparados para embarcar de inmediato con destino a Melilla. Cientos de personas, entre los que se encontraban los familiares y las novias de los reclutas, rodearon el edificio al grito de «¡No embarquéis, que os llevan al matadero!»⁶⁹, animándoles a desertar. A las seis de la tarde un grupo de soldados ganó la puerta, dando muerte al sargento de zapadores José Ardoz, que salió pistola en mano a detener la avalancha, y el desorden fue aprovechado por muchos otros que se dispersaron por las calles de la ciudad. Después de algunos disturbios, los amotinados acabaron presentándose, poco a poco, en sus unidades de origen, por lo que, a la una de la madrugada, el buque Barceló zarpó de urgencia llevándose 717 efectivos, la mayor parte arrestados, antes de que irrumpiese una nueva revuelta.

A los pocos días, el teniente general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, visitó a Alfonso XIII, que se encontraba veraneando en su residencia del Palacio de la Magdalena, en Santander, para que le confirmara su apoyo a un gobierno formado por un directorio militar, tal y como había asegurado un año antes en un discurso ante la cúpula del Ejército reunida en

(68) *El Obrero Balear*, de 24 de noviembre de 1922.

(69) *El Sol*, de 26 de agosto de 1923.

Córdoba⁷⁰. El Rey se reafirmó en sus convicciones e informó a Antonio Maura sobre la conveniencia de nombrar un directorio militar, poniendo fecha al levantamiento: sería el 15 de septiembre de 1923.

No obstante, una algarada vendría, una vez más, a precipitar los acontecimientos: el día 11 de septiembre, con motivo de la celebración de la «Diada», proliferaron en Barcelona los arriados de la bandera española, la exhibición de señeras y los gritos de «mora Castilla», aderezados con vivas a la República del Rif, lanzados por grupos de separatistas que enfrentaron a las fuerzas del orden⁷¹. Los golpistas no esperaron más, la madrugada del 13 de septiembre, el general Primo de Rivera declaró el Estado de Excepción en Cataluña, y dirigió al Monarca un manifiesto pidiendo la destitución del Gobierno⁷². Al día siguiente, el Rey regresó de San Sebastián, aceptó la dimisión de Manuel García Prieto, junto al resto de Ministros en bloque, y el 15 de septiembre designó a Primo de Rivera presidente de un Directorio Militar con el propósito, según el propio Real Decreto de nombramiento, «de constituir un breve paréntesis en la marcha constitucional de España, para restablecerla tan pronto como, ofreciéndonos el país hombres no contagiados de los vicios que a las organizaciones políticas imputamos, podamos nosotros ofrecerlos para que se restablezca pronto la normalidad»⁷³.

El golpe de Estado puso fin al período histórico de la Restauración, el régimen político fundamentado en la Constitución de 1876. La resolución de la «cuestión marroquí» se convirtió en un asunto prioritario para el Dictador, pero durante los siete años de «paréntesis constitucional» se agudizaron los graves problemas sociales que, desde principios de siglo, venía padeciendo el país. El epílogo del colonialismo en España es precisamente este: una herencia envenenada que la II República no fue capaz de resolver y que daría alas a los oficiales africanistas para arrogarse el ejemplo de 1923.

(70) LOZÓN UREÑA, I. *Las repercusiones...*, ob. cit; pág. 26.

(71) *El Noticiero Gaditano*, de 13 de septiembre de 1923.

(72) El Manifiesto fue publicado íntegramente en el diario *ABC*, de 14 de septiembre de 1923.

(73) *Gazeta de Madrid*, de 16 de septiembre de 1923.

VI. BIBLIOGRAFÍA.

ALBI DE LA CUESTA, Julio. «Un Protectorado a regañadientes. 1921: El Desastre de Annual», en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel (Ed.) *A cien años de Annual*. Desperta Ferro. Madrid, 2021.

• «La Noche Triste, decisión y derrumbe». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018.

ARAUZ DE ROBLES, José María. *Por el camino de Annual. Apuntes y comentarios de un soldado de África*. Voluntad. Madrid, 1924.

BASALLO BECERRA, Francisco. *Memorias del cautiverio (julio 1921 a enero de 1923)*. Mundo Latino. Madrid, 1924.

BECKER GONZÁLEZ, Jerónimo. *Tratados, Convenios y Acuerdos referentes a Marruecos y Guinea española*. Liga Africanista Española. Madrid, 1918.

BLOND ÁLVAREZ DEL MANZANO, Carlos. «El Protectorado, firma del Convenio Hispano-Francés y Guerra del Rif 1912-1927». *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario. Instituto de Historia y Cultura Militar. Ministerio de Defensa. Madrid, 2012.

CALVO Y CONEJO, Gonzalo. *España en Marruecos (1910-1913). Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif*. Editorial Maucci. Barcelona, 1913.

DE DIEGO GARCÍA, Emilio. «La España de 1919-1923 y su Protectorado en Marruecos». *Revista de Historia Militar*, nº Extraordinario. Ministerio de Defensa. Madrid, 2021.

DE OTEYZA GARCÍA, Luis. *Abd-el-Krim y los prisioneros*. La Libertad. Madrid, 1922

DELBREL, Gabriel. *Geografía general de la provincia del Rif*. Telegrama del Rif. Melilla, 1911.

FELIÚ BERNÁNDEZ, Luis. «La Guerra del Rif (1921-1926) durante el Protectorado Español de Marruecos». Comisión Española de Historia Militar. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Madrid, 2021.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando. *Mis memorias íntimas*. Tomo III. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1889.

GAJATE BLANCO, María. «Ecos del Desastre en España». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018.

IBAÑEZ DE IBERO, Carlos. *Política mediterránea de España (1704-1951)*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1952.

LOZÓN UREÑA, Ignacio. «Las repercusiones de la acción de España en Marruecos: 1922-1923». *Tiempo de Historia*, nº 75. Prensa Periódica, S.A. Madrid, 1981.

MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel. «Cautivos españoles en el Rif». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018.

MADOZ IBAÑEZ, Pascual. «Notas estadísticas e históricas», en COELLO, Francisco. *África. Posesiones españolas. Mapas generales*. Grabado por Juan Noguera. Madrid, 1850.

MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto. «La ofensiva de Fernández Silvestre ». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30. Madrid, 2018.

PÉREZ ORTIZ, Eduardo. *De Annual a Monte Arruit y 18 meses de cautiverio*. Postal Express. Melilla, 1923.

PIRALA CRIADO, Antonio. *Historia Contemporánea. Segunda Parte de la Guerra Civil*. Tomo I. Tipografía de Rojas. Madrid, 1893.

SÁNCHEZ BUENO, Luis Carlos. «Semblanza de un soldado extremeño en el Desastre de Annual: Vicente Sánchez Marcos». *Revista de Estudios Extremeños*. Tomo LXXIV, nº III. Excelentísima Diputación de Badajoz, 2018.

UXÓ PALAXI, José. «Los prisioneros de Abdelkrim». *Revista Ejército*, nº 679. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica. Madrid, 1997.